

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

pantalla siniestra

peter debry



SS **SERVICIO SECRETO**



PETER DEBRY

PANTALLA SINIESTRA

Colección SERVICIO SECRETO N.º 1.110

Publicación Semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MEXICO

Depósito legal: B. 36.681 – 1971

Impreso en España -Printed in Spain

1.^a edición: noviembre, 1971

© **PETER DEBRY – 1971**

sobre la parte literaria

© **JORGE SAMPER – 1971**

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BISONTE**:

1.159. — Pista para pistoleros.

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

1.099. — Mortajas doradas.

En Colección **BÚFALO**:

870. — Grabado al plomo.

En Colección **CALIFORNIA**:

714. — Dúo para sogá.

En Colección **SALVAJE TEXAS**:

805. — La ley de los pistoleros.

En Colección **COLORADO**:

716. — La forajida y el trampero.

En Colección **PUNTO ROJO**:

485. — Cazador de trenzas.

En Colección **ASES DEL OESTE**:

650. — Fanfarrones sanguinarios.

En Colección **KANSAS**:

669. — Matón en Malpais.

En Colección **BISONTE, SERIE AZUL**:

3. — La piel del cazador.

En Colección **BRAVO OESTE**:

550. — Dos para un patíbulo.

CAPÍTULO PRIMERO

La sala en que se hallaban los cuatro hombres tenía, por ciertos detalles, el aspecto de una oficina.

En un rincón había una mesita sobre la que estaba una máquina portátil de escribir.

Tras ella, sentábase un hombrecillo en mangas de camisa, con el cuello desabrochado y la corbata ladeada.

Se abanicaba con una cuartilla de papel tela, mientras en el rincón opuesto, otro individuo servíase agua de una bombona de cristal, apurando con ansia el contenido de un vaso de papel.

Un tresillo de cuero hacía frente a una larga mesa de despacho. Las dos lámparas de pantalla, cuyas bases reposaban sobre la mesa-despacho, estaban enfocadas hacia el diván del tresillo.

La luz hería crudamente con su doble haz el rostro de un hombre, cuyo semblante era juvenil, pero enérgico y ostentando hostilidad.

Un hilillo de sangre manaba de la comisura de sus labios de línea dura y firme.

Al otro lado de la mesa-despacho, con los pies encima de ella, un sujeto ancho de torso, adiposo, también en mangas de camisa, se limpiaba las uñas con un mondadientes.

Levantó la vista de sus dedos, y dijo con voz gangosa, lentamente:

—No seas animal, Kirby. Eres muy terco, y llevamos una hora perdida, malgastando el tiempo.

Douglas Kirby, en el diván, no podía secarse el sudor que empapaba la camisa, su rostro y pecho, porque sus dos manos estaban prietamente unidas, como si rezara.

Se mantenían en esta postura, porque las rodeaba una ancha cinta de esparadrapo, y sus dos codos estaban atados con una cadenilla de cierre automático.

Como los otros, iba también en mangas de camisa.

Replicó adustamente, con voz metálica, de leve estridencia, porque no ignoraba que se acercaba a los instantes finales de su vida:

—No puedo decir lo que no sé. Estáis confundidos conmigo.

Perdemos todos el tiempo, Chandler.

Cornel Chandler se levantó.

Era adiposo, pero robusto. No había humanidad en sus aceradas pupilas brillantes en medio de los carnosos y rojizos párpados que le daban la maligna mirada de un sapo.

Se acercó pausadamente, con lentitud, hacia Douglas Kirby, levantando también con deliberada calma la mano derecha, vuelta del revés.

La descargó con fuerza en la mejilla de Kirby.

La opuesta a la que minutos antes ya había golpeado en idéntica forma.

La cabeza de Kirby se sacudió y fue evidente el esfuerzo que hizo para no caer de costado sobre el diván.

Se irguió de nuevo, igual que minutos antes, pasándose la lengua por los labios agrietados.

Comentó Chandler:

—Eres muy terco, Kirby. Además, eres un animal. Sí, hombre, un animal desprovisto de sentido común. Aquí estamos tres trabajadores con muchos otros menesteres que nos reclaman y no quieres atender a nuestras preguntas. Hasta ahora me he limitado a preguntarte, y no te hemos tocado. Esos dos bofetones interprétalos como afectuosa reprimenda. Evítame tener que acudir a procedimientos más perjudiciales. Reflexiona, Kirby, y no seas bestia.

Chandler chasqueó los dedos hacia el que estaba junto a la bombona de agua.

—¡Ey, Smart! Este muchacho se muere de sed. Lleva una hora entera sudando como un pollo en el horno, sin refrescar. Dale un vaso de agua. Está helada... ¿Quieres un pitillo, Kirby?

Kirby permaneció inmóvil, silencioso, mirando con desdén a Chandler, que rió con falsa jovialidad.

—No, no. No es el tercer grado, muchacho. Mira, ahora son las... —Se interrumpió echando una ojeada a su cronómetro de oro con cadena del mismo metal que amarilleaba alrededor de su velluda muñeca—. Son las once y dos minutos de la noche. Tenemos tiempo hasta las dos de la madrugada. Si dispones de un gramo de sentido práctico, nos ahorrarás ejercicios violentos, porque hace mucho calor en este condenado Frisco cuando julio se pone pesado.

El llamado Smart, también corpulento y de rostro bonachón, se acercó con el vaso de papel rebosante de agua helada que destilaba por entre sus dedos morcilludos.

Daba la impresión de un oso amaestrado, llevando un clavel blanco.

Por instinto, la garganta seca y ardorosa de Kirby reclamó con angustia el bálsamo del agua fresca.

Adelantó los labios anhelantes hacia el vaso que Smart le acercaba despacio a la boca.

Smart giró la muñeca volcando el contenido del vaso en el suelo.

Sonrió con falsa pena:

—Perdona, chico. Soy torpe, caray.

—Cerdo —silabeó Kirby, exasperado.

Y el ver extenderse el agua por el suelo, le excitó más:

—¡Trío de verdugos cobardes! ¡Sois tres y me tenéis atado porque os faltan agallas!

Chandler volvió a sentarse y escupió con acierto en la tina junto a los pies de Smart.

Chasqueó los dedos hacia el hombrecillo que hasta entonces, silencioso, no había hecho más que abanicarse tras la máquina de escribir.

—Anda, Dago, trata de convencer a Kirby que nos está resultando un terco animal, cabezón y pelmazo.

El hombrecillo se levantó, arrugando la cuartilla dentro del puño cerrado.

Vestía camisa de seda a rayas negras sobre fondo azul, corbata color crema, tirantes de nilón verde, y calzaba zapatos de piel de lagarto, de tacón más alto que el normal masculino.

Su pantalón azul de impecable raya, le fajaba prietamente el estrecho talle. Andaba como un bailarín, pisando con agilidad.

Llevaba, como los otros dos, una chapa en forma de escudo en el broche del tirante izquierdo.

El emblema de la Brigada de Seguridad Internacional, cuyas siglas, BIS, resaltaban en laca morada sobre bronce.

Se aproximó a Kirby, y le cogió el mentón, obligándole a alzar el rostro. Con la mano izquierda, le asió por la corbata.

Manifestó calmoso:

—Vamos a ver, Kirby, si has madurado y empollado la lección. Empezaré de nuevo a repetirte lo que te dijo Chandler. Te pescamos con las manos en la masa, aquí dentro, buscando algo. Tenemos además el convencimiento de que fuiste tú quien mató a John Ferguson, un buen amigo mío.

—Fue en defensa propia. Me atacó...

—¡Vaya! Ya estás con ganas de charlar —comentó Dago Prescott, que le soltó el mentón, pero continuó agarrándole por la corbata—. Entonces, resulta que Ferguson te atacó, ¿no? Me extraña en el difunto Ferguson, porque era muy tolerante y pacífico. Un tipo completamente incapaz de matar ni a un mosquito.

Junto a la bombona de agua, con un vaso en la mano, Chandler

rió complacido. Le hacía gracia Dago Prescott.

—¿Qué te pasó con Ferguson? —preguntaba Prescott.

—Bien lo sabéis. Me seguía los pasos y había jurado que me quitaría de en medio. Le gané por la mano, cuando intentó acribillarme desde su coche.

Zarandeando la cabeza de Kirby con bruscos tirones a la corbata, dijo Prescott:

—Volveremos luego sobre este tema. ¿Qué buscabas ahora aquí?

—Ya os lo he dicho. Vine a ver si encontraba a Maxim...

No pudo seguir hablando, porque con una rapidez prodigiosa, la diestra de Prescott, en vaivén continuo, golpeó con el canto sobre las cejas y nariz del interrogado.

Eran golpes secos, breves, dolorosos, que agolparon lágrimas de sufrimiento físico a los ojos que iban estriándose en rojo, de Kirby.

A la vez que golpeaba, repetía Prescott con implacable monotonía:

—Habla ya, habla ya.

Cesó de golpear, y por un instante, la cabeza de Kirby siguió balanceándose de un lado a otro. Le zumbaban los oídos.

—Cuando entramos estabas registrando los cajones de este despacho. ¿Qué buscabas aquí?

Maquinalmente, miró Kirby hacia un lado, a la cristalera que daba acceso a la terraza de aquel ático de un rascacielos de San Francisco.

—Ya. Entraste por allí, subiendo por la escalera de incendios. Nos hemos dado cuenta. ¿Podría Smart abrir un poco el ventanal, jefe? Aquí se asa uno.

Chandler denegó con la cabeza, manifestando:

—Podrían oír desde alguna terraza vecina.

Prescot acusó:

—Estamos pasando mucho calor por tu culpa, Kirby. Y lo vas tú a pasar peor que en el infierno si persistes en callar. ¡Smart! Prepara el hornillo eléctrico. Le tostaremos un poco los pies a este testarudo imbécil.

—Buena idea —aprobó Chandler, satisfecho—. Eres ingenioso, Dago. El calorcillo en la planta de los pies, añadido a las cosquillas eléctricas, le causará mucha gracia a este animal.

Smart se desplazó pesadamente hacia el rincón donde había un mueble licorera, cuyas puertas abrió, sacando un hornillo eléctrico. Buscó un enchufe cercano.

Ordenó Chandler:

—Déjalo aquí mismo. Trasladaremos a Kirby.

Chandler asió por debajo de los sobacos al prisionero, mientras Prescott se retiraba unos pasos para enchufar el hornillo.

Smart se abrazó a las piernas de Kirby y entre los dos fornidos sujetos, el interrogado pasó al sillón cercano a la mesa despacho.

Arrodillándose, Prescott colocó el hornillo de esmalte blanco, lujoso, donde la resistencia empezaba a enrojecer.

—Descálzale, Smart. Los calcetines puede guardarlos.

Los pies de Kirby entraron en acción, alcanzando de lleno en el pecho a Smart, que cayó de espaldas dándose un golpe contra la mesa.

Abalanzóse Chandler, cuyo puñetazo bajo el mentón, levantó a Kirby del asiento donde se estaba incorporando.

Por detrás, Prescott pegó en la nuca al que con las manos y codos inmovilizados, fue a oscilar hasta caer sobre Smart.

El fornido Smart se levantó y a la vez levantó a Kirby, propinándole un rodillazo en el estómago.

Tomó impulso y su segundo rodillazo proyectó a Kirby contra Chandler.

Los tres golpeadores formaron un triángulo, donde, por unos instantes, a modo de pelota, actuó Kirby yendo de uno a otro, impulsado por los golpes de todas clases.

Era impresionante y repulsiva la habilidad con que los tres individuos golpeaban, con precisión, evitando que Kirby cayera al suelo.

—Ya está bien... Siéntale otra vez, Smart. ¡Recontra, qué animal eres, Kirby!

Y, sudoroso, resoplando, echó mano Chandler de la bombona de agua, para beberse dos vasos seguidos.

Le sustituyó Smart, mientras Dago Prescott se limitaba a pasarse un pañuelo perfumado, de seda violeta, por los labios y los nudillos.

Kirby, con las piernas extendidas, yacía desmadejado en el sillón, sangrante el rostro.

—Échale agua, Dago —ordenó Chandler.

—Le irá mejor un trago de coñac, ¿no, jefe? —sonrió Prescott.

Sacó del bolsillo posterior un frasco metálico achatado, cuya rosca hizo girar, dejándola colgar de la cadenilla.

Acercó el gollete al rostro tumefacto de Kirby, y le levantó un párpado agrietado. Echó un chorro de coñac en el ojo.

Douglas Kirby se enderezó como si acabaran de pincharle.

Chandler rió suavemente:

—Este Dago es único. Se las sabe todas.

Por entre sus labios hinchados, tartajeó Kirby:

—¡Bestias! ¡Cobardes indecentes!

Acercóse Chandler con la mano en alto vuelta del revés.

Se detuvo cuando iba ya a abofetear, y al igual que los otros dos, pareció por un instante quedar paralizado. Los tres a la vez miraron

al fondo, hacia el vestíbulo.

Douglas Kirby volvió a perder el sentido.

Corrió Chandler hacia la otra sala, después de coger la pistola de la funda axilar que colgaba de una silla, junto a su americana.

Resonaron en la puerta varios golpes.

Chandler se llevó el índice a los labios, mirando a los otros dos que le habían seguido hasta allí.

Hubo una pausa de tenso silencio.

Al otro lado de la puerta, una voz preguntó:

—¿No has terminado aún, Douglas?

Obedeciendo a la señal imperativa de Chandler, Prescott se colocó a un lado de la cerrada puerta.

Smart, a otra señal, retrocedió hasta ocultarse tras la cortina del umbral entre el vestíbulo y el despacho.

Chandler abrió repentinamente la puerta.

Quedó enmarcado un individuo de ojos inquisitivos que miraren el escudo que en el tirante llevaba Chandler.

De pronto, saltó a un lado, llevándose rápidamente la mano al costado.

Pero Chandler apretó el gatillo por dos veces, al mismo tiempo que se tiraba cuan largo era, pesadamente, al suelo.

Gritó:

—¡Remata a Kirby, Smart! ¡Hay que largarse! ¡Este no ha venido solo!

En el pasillo del ático, el que había llamado a la puerta, yacía sin vida.

Prescott corrió en busca de su chaqueta que recogió al igual que la de Chandler y su pistolera.

Smart retrocedió pistola en mano hacia Douglas Kirby.

Por el exterior del rascacielos, un hombre trepaba apresuradamente por la escalera de incendios.

Era Chester Rodney, agente de la sección de choque de la BIS.

Casi acrobáticamente y a riesgo de caer en un abismo de ochenta metros, estrellándose contra el asfalto, se izó sobre el reborde de piedra de la terraza del ático.

Al poner los pies en las losetas frente a las cristaleras, oyó el doble estampido de los disparos con los que Chandler había recibido al otro agente de la sección de choque.

Se aproximó a los cristales y vio a Kirby. Y a Smart que encañonaba la pistola hacia el tumefacto y vapuleado prisionero.

Los cristales estallaron estrepitosamente, ahogándose el ruido con el estampido del balazo que hizo encogerse a Smart.

El corpulento Smart se cogió la muñeca herida con la zurda, dirigiendo el cañón hacia la cristalera.

Rodney, de un puntapié, hizo saltar los goznes de la cristalera, penetrando en el despacho.

Disparó de nuevo hacia la pistola.

La bala rebotó en el arma, deslizándose quemante por las manos de Smart para incrustarse en su cuello.

Dejando caer los brazos, Smart entornó los párpados y, lentamente, se fue desplomando, muerto antes de quedar doblado en el suelo.

Rodney corrió hacia el vestíbulo. Lo atravesó impetuosamente y desembocó en el pasillo exterior.

Vio el cadáver del agente que le había acompañado hasta el edificio, y a quien le encomendó llamara a la puerta para apremiar a Kirby.

Corrió hacia el grupo de ascensores. Había cuatro en marcha, descendiendo, como lo indicaban las luces que iban iluminando la casilla con los números de los pisos.

Miró en derredor, buscando algún medio de dar la alarma.

Pero aparte el cajetín de urgente llamada al servicio de bomberos, que en aquel caso de nada le serviría, no tuvo medio de evitar la huida de los pistoleros.

En el tercer ascensor, ya detenido en la planta baja yacía muerto el muchacho encargado del servicio.

Hubiese sido un testigo de cargo, y Dago Prescott le destrozó el cráneo a culatazos.

Estaban ya lejos Chandler y Prescott, cuando dos policías uniformados impidieron la entrada al ático al grupo de excitados curiosos que se iban agolpando.

Los dos policías repetían incansablemente:

—Circulen, vamos, circulen...

En el despacho, Rodney reanimaba a Kirby, que podía por fin beber ansiosamente.

Le encendió un cigarrillo y procedió a quitarle la cadenilla de los codos, y la cinta adhesiva de las muñecas.

—¿Cómo fue que te dejaste pillar, Doug?

—Entraron los tres ostentando el escudo de la BIS y antes de que yo pudiera reaccionar, porque los creía legítimos agentes, éste —y señaló el cadáver del llamado Smart— me cogió por los codos, y el que parecía mandarlos, un tal Chandler, me dio un derechazo, en la sien.

—Mal asunto, Doug. El patrón nos va a dedicar sus insultos más floridos. Dirá que no debí mandarte a solas a registrar este ático. Dirá que yo y el pobre Perkins somos dos topos ciegos, ya que no supimos vigilar la entrada.

—Los tres debían estar en algún otro piso o en algún rellano,

esperándome, Chester. Lo siento.

—Estás molido. Apóyate en mí, y... ¡qué le vamos a hacer! No nos queda más remedio que enfrentarnos con el mal genio del patrón. Ya he avisado a dos compañeros. Registrarán y procurarán averiguar por las ropas de éste, todo lo que concierne a Chandler y compañía. Ahora tenemos que informar inmediatamente al patrón. La bronca que me espera es de las que me revientan mucho, porque si él me gritase, aún lo aguantaría. Pero tiene un modo de decir las cosas que hiere más que los chillidos.

Andando dificultosamente, apoyado en los anchos hombros de Rodney, tartajeó Kirby:

—Es extraño... ¿Por qué estos tres sabían que iba yo a venir?

—Coincidencia. A lo mejor vigilaban el ático.

—Me dieron la impresión de venir premeditadamente. Es decir, a atraparme con las manos en la masa.

—No veas visiones, Doug. Este asunto sólo lo llevábamos entre el patrón, tú, el pobre Perkins y yo. No somos de los que cometemos indiscreciones, charlando más de lo necesario. Ha sido casualidad que estos tipos esperasen, porque no puede ser más que una casualidad. O acaso vigilaban el ático.

—¿Precisamente esta noche, a las diez, la hora convenida entre nosotros para que yo viniese?

—No seas tan suspicaz, Doug.

Bajaban en el ascensor.

Kirby miró con simpatía apenada a Rodney.

—Lo siento por ti, Chester. Casi preferiría otra paliza, a que tú tengas ahora que enfrentarte con La Voz.

CAPÍTULO II

Siempre que entraba en aquella habitación vacía, algo indefinible le hormigueaba en el estómago a Chester Rodney.

Comprendía, que a propósito, La Voz elegía aquel medio de comunicarse con sus agentes, no solamente para guardar el más riguroso incógnito.

También porque impresionaba más su voz, tajante, que su propia presencia desconocida.

Sonrió Rodney. A lo mejor, el jefe de la sección de choque, era rechoncho, de modales untuosos, con cara de sacristán y...

—Cuénteme el chiste, Rodney —habló el altavoz colocado en la pared frontal de aquella habitación—. Por lo visto, espera usted mi enhorabuena y plácemes, ya que ostenta esta sonrisa divertida.

Rodney alzó los hombros en ademán de excusa.

—No pudimos hacer más de lo que hicimos, jefe.

—Mi sección no se compone de matarifes, Rodney.

—No pude evitar la muerte del llamado Smart. Yo no coloco las balas con los dedos, sino con un arma, y el plomo rebotó...

—Y Douglas Kirby, por lo visto, se deja coger como un colegial en su primer hurto de manzanas.

—Douglas Kirby se portó magníficamente.

—Se portó como un novato. Se dejó engañar por los tres presuntos colegas, cuyas fichas tengo delante mío. La de Smart no se la leo, porque no hace falta. ¿Por qué no ha venido Kirby con usted?

—Tuvo un vómito de sangre. Un golpe que debió romperle alguna costilla. Le están operando.

—Sería quizá conveniente, puesto que ya lo tienen en la mesa de operaciones, que le injertasen sesos de mejor calidad que los que lleva. Recapacitemos... Les encomiendo una misión de principiantes. Simplemente encontrar un álbum de fotografías en los cajones del piso de Maxim Sinistra. Van allá los tres, y uno cae definitivamente liquidado, y el otro está en el quirófano. Y esto es lo de menos...

—¡Creo que la vida del pobre Perkins merece otro comentario! —atajó Rodney indignado, mirando con hostilidad el altavoz.

—Lamento la muerte de Perkins. Pero estaba ahora refiriéndome a su misión fallida. Ahora, Maxim Sinistra, sabrá ya que nos interesamos por sus asuntos privados, que era precisamente lo que

yo quería evitar.

—Hemos averiguado que Chandler y Prescott trabajan con Sinistra.

El micrófono tenía una modulación perfecta, y el matiz de sarcasmo era apreciable en La Voz al replicar:

—Usted es un magnífico ejemplar de pistolero al servicio de la paz, Rodney. Pero al igual que a Kirby le convendría un injerto de materia cerebral.

—Soy hombre de acción, y no un filósofo.

—Pero trate de emplear alguna que otra vez los sesos, Rodney. Me dice que Chandler y Prescott trabajan para Sinistra. ¿Por qué? ¿En qué se fundamenta? La presencia en el ático de estos dos maleantes, sólo demuestra que estaban allí, pero tal vez interesados en lo mismo que nosotros. En la búsqueda de las fotografías obtenidas entre Pasadena y Crucero, al norte del desierto de Mohave.

—En estos instantes no hay un milímetro que no haya sido registrado en el piso de Sinistra.

—Gracias por el informe, Rodney. Naturalmente, trataremos de hacer público, por la Prensa, que hubo un robo en el ático. Si Maxim Sinistra se lo cree, es que su cerebro está a la misma altura que el suyo, Rodney, lo cual, desgraciadamente, no es el caso.

Rodney, ceñudo, crispaba las mandíbulas. Y de nuevo, pensó que La Voz debía poseer poderes telepáticos, al oír:

—Usted se dirá que es muy cómodo que yo, desde un dictáfono, le esté recriminando, y le envíe, al igual que a sus otros compañeros, a dilucidar casos en los que siempre hablan las pistolas. Pero fatalmente alguien tiene que ser el director de operaciones. Y ahora, escuche atentamente... De que averigüemos cuanto concierne a estas fotografías dependen millares de vidas en un futuro más o menos próximo. No exagero, y recuerde que hasta hoy, nunca le he hablado de millares de vidas en peligro. En cuanto concierne a las actividades de Sinistra, hay millares de vidas pendientes. Se lo machaco.

—No es necesario. Siempre cumplo con mi obligación.

—Lo sé. Es ya inútil seguir rondando el piso de Sinistra. Vaya a Los Angeles. Ponga en claro las relaciones entre Chandler, Prescott y Maxim Sinistra. Necesito las fotografías obtenidas en la zona norte del desierto de Mohave entre Pasadena y Crucero. Fueron obtenidas ayer mismo y me consta que no han salido de California. Bajo ningún concepto puede, por ahora, sufrir el menor daño Sinistra ni darse cuenta de que es vigilado.

—Entendido.

—Ahora le leo un extracto de las fichas de Chandler y Prescott,

que formaban banda con Smart. Hicieron un viaje a Europa cuando necesitaron ausentarse, a raíz del asesinato de la familia Terabrooke. Nada se les pudo demostrar. Regresaron a San Francisco hace apenas un mes, y nunca han sido vistos en compañía de Sinistra. Recoja a Kirby, que se repondrá con los aires de Los Angeles. ¿Diga...?

—Soy un bruto sin cerebro, como ha tenido la bondad de recordarme. Pero Chandler y Prescott conocen ahora muy bien a Kirby. A mí, no me han visto. En fin, no preste atención a mi sugerencia, porque aún no me han injertado sesos.

—Un punto a su favor, Rodney. Escoja a otro compañero. Recomiendo a Lon Butler.

No pudo reprimir Rodney una mueca avinagrada al oír mencionar el nombre del «guapo» Butler.

La Voz indicó:

—Lon Butler conoce a fondo el mundillo de Hollywood. Le será muy útil. No le hable para nada de Maxim Sinistra.

—¿Algo más, jefe?

—Chandler y Prescott están en el *pullman*, camino de Los Angeles. No conviene detenerlos por ahora. En Los Angeles está trabajando Sinistra, llamado urgentemente por su director. Buena suerte, Rodney. No regrese sin las fotografías... Ya me entiende. Las copias de los clisés. Hasta la vista.

—Buenas noches.

Rodney hizo un gesto de despedida hacia el altavoz. Abrió la puerta y anduvo los dos metros de pasillo estanco, aislante.

Abrió la segunda puerta, y se dirigió a los quirófanos.

Una enfermera, con tono mimoso, sin ocultar que la estampa de Rodney era muy de su agrado, le interpeló:

—Su amigo Kirby está en la sala ocho. ¿Cuándo me lleva a cenar y al cine, Chester?

—Cuando se quede sin empleo y hambrienta, preciosidad.

En la sala ocho, Douglas Kirby, vendado el desnudo torso, y con apósitos repartidos por el rostro, hizo una mueca amistosa que le arrancó un gemido.

—No te libras de mí, Chester. Mañana mismo estoy en pie. ¿Qué tal el patrón?

—Como siempre, simpatiquísimo. Me voy esta noche, Doug.

—¡Hombre, no! —exclamó quejumbroso Kirby—. Este asunto lo empezamos juntos, y tengo que vérmelas con Chandler y el lindo Prescott.

—Ya los verás. Te lo prometo. Bueno, Doug, me voy a cenar de nuevo. El apetito se me ha abierto con el ejercicio. Hasta pronto.

—¡Hombre, no! —se quejó Kirby—. Te largas y yo...

Pero Rodney estaba ya fuera de la habitación. Se dirigió a la centralilla.

—Comuniquen con Lon Butler. Habla el inspector Rodney. Transmitan a Lon Butler la siguiente orden: Que me espere a las dos en punto de esta madrugada en la sala de espera del *pullman* de la Costa Sur.

Camino de su domicilio, pensó Rodney que le desagradaba tener que actuar en colaboración con Lon Butler.

Un guapo presumido que se creía irresistible con las mujeres, y al cual encomendaban misiones donde fuera precisa la seducción masculina.

No le gustaba aquel conquistador profesional. En las cuestiones sentimentales, Rodney era rígido.

En el modesto piso salió a recibirle su esposa Arline. Cada vez que Rodney contemplaba la sonrisa luminosa de Arline se sentía feliz.

No lo atribuía a enamoramiento de luna de miel, porque, aunque sólo hiciera tres meses que se había casado con ella, después de un breve noviazgo, no cubría sus ojos la clásica venda del enamorado.

Veía a Arline tal como era. Trabajadora, amante del hogar, ahorrativa, anticipándose a sus deseos y comportándose siempre como la esposa ideal.

Pero su obligación y el juramento prestado, le imponían seguir engañando. Para Arline, su marido era simplemente un policía de la Brigada de Represión de Drogas.

Arline era un ejemplar de ama de casa. Sin parientes molestos, sin exigencias y muy sumisa de carácter, suponía para Rodney un remanso de paz.

—Prepárame la maleta, Arline. Me voy.

—Tiéndete un poco, Chester. Tienes aspecto de cansado.

—Son ya las doce y media. Y tengo que estar en la estación a las dos en punto.

—Duerme tan sólo una hora. Al despertar, tendrás café y unos emparedados especiales, que por el camino irás devorando.

Sonriente, Rodney se tendió en el diván. Le era placentero notar en su frente la caricia de los frescos dedos de su esposa.

Parecía como si poseyeran un fluido magnético que le hacían reposar a fondo, aunque sólo durmiera una hora.

Cerró los ojos, mientras los dedos femeninos le rozaban en suave masaje la frente.

Perdió la noción de todo, porque era una facultad adquirida en el transcurso de su accidentada existencia, la de dormir pronto y bien.

Los dedos femeninos bajaron a las sienes.

Los labios de Rodney fueron murmurando:

—Siempre La Voz... Ahora Maxim Sinistra... Pobre Doug, se quedó desconsolado. Y este presumido de Butler me revienta con sus aires de rompecorazones. Café y emparedados... ¿Dónde tendrá escondidas Sinistra las fotografías?

Su voz inconsciente siguió hablando.

Cuando despertó, lo hizo suavemente porque resonaba riente la voz de Arline:

—¡Viajeros, al tren! ¡La una y media en punto!

Rodney la besó con fervor casi de adoración mística. Era un hombre que sólo se había enamorado una vez.

Balanceando su maletín, y mordiendo el sabroso emparedado, se dirigió a la cercana estación de donde partían, cada tres horas, los *pullman* de San Francisco a la frontera mexicana.

Iba a conocer la Meca del Cine, cosa que nunca le había interesado. Y recordó la última recomendación de La Voz:

—«Lon Butler conoce a fondo el mundillo de Hollywood. No le hable para nada de Maxim Sinistra.»

CAPÍTULO III

El reloj de pulsera de Rodney tintineó, despertando a su dueño a las ocho en punto de la mañana.

Lon Butler se estaba ya ajustando el nudo de la corbata en el compartimiento de dos literas. Se miraba al espejo con complacencia.

—Hola, Rodney. Luce el astro sol y la playa es una amalgama de oro fundido.

Entreabrió Rodney las cortinas de su litera, mascullando mientras asomaba las largas piernas:

—Procure hablar como las personas normales, Butler. Hace sol y la playa es de arena.

—Vamos a Los Angeles, ¿sabe? Y allá la gente que habla normalmente es escasa, porque la recluyen en un sanatorio mental.

Espléndido de vitalidad en su traje azul y camisa de fantasía, Lon Butler, esbelto, atlético, dentadura restallante de blancura, rubios cabellos sedosos, y largas pestañas, deslizó una mirada divertida hacia su acompañante.

—No me aprecia, ¿verdad, inspector?

—Usted es uno más de los nuestros. Sé que si mi vida estuviera en peligro, usted se jugaría la suya para salvarme, y lo mismo haría yo. Ahora bien, ya que me lo pregunta le diré privadamente que no experimento la menor simpatía hacia usted.

—Me consuela pensar que hay tipos todavía más antipáticos que yo en Hollywood, para su modo de ver las cosas, Rodney. Escuche... Usted es un hombre de una sola pieza. Yo, no.

—¿Qué tiene eso que ver? —rezongó Rodney, enjabonándose.

—Un hombre de una sola pieza es aquel que, como usted, estima que los malos villanos son villanos malos a rajatabla, y los buenos, candorosos a carta cabal. Que juzga a la gente por lo que dicen o aparentan. Que no puede creer que un villano puede serlo en algunas cosas, y en otras ser un caballero. Usted me desprecia, porque, a su entender, abuso de la inocencia femenina, sin darse cuenta de que una chiquilla de catorce años sabe más y tiene más astucia que un solterón maduro.

—Procure no excitarse. Apártese de sus comentarios instructivos.

—Vamos a otro caso. Y siempre queriéndole demostrar mi teoría de que no somos lo que parecemos, muchas veces. Pasemos, por

ejemplo, a los escritores, esta fauna que, como el calamar, vive de soltar tinta.

Los párpados de Rodney se entornaron. Vaya... Casualmente, Lon Butler llevaba la conversación a un terreno interesante.

Maxim Sinistra era escritor de guiones.

—Usted, Rodney, se figurará que los escritores llevan gafas, tienen rostro inteligente y siluetas de intelectuales agobiados de pensamientos maravillosos.

—Más o menos cultura, sí, tienen, supongo.

—Puro oficio, como el de picapedrero. La primera novela la sudan un año, rompiendo kilos de cuartillas. Les salen callos en las posaderas, finalizan un novelón, toman confianza y van reduciendo el tiempo empleado en escribir.

—Saber escribir ya es una cualidad. Yo soy incapaz de escribir una carta sin romper veinte borradores. Y tienen imaginación.

—No es una cualidad. Nacen con ella, como el elefante con memoria.

—Pero saben trasladar hechos al papel. Por ejemplo, este escritor que hizo el guión de la película *Sangre en Marte*...

—*Marte destila sangre* —corrigió Butler—. Bah... Un tío gordo y calvo, huraño y aburrido, padre de familia numerosa, que para escribir dos líneas necesita un litro de café y medio de coñac.

—No todos serán así.

—No, en efecto. Los hay peores. Pero en cambio un tipo interesante es Maxim Sinistra. ¿Oyó hablar de él, Rodney?

—No.

—Es extraño.

—¿Por qué?

—Porque vivió en Frisco, tiene un piso allá, y usted le registró el piso.

—Lo que quise decir es que personalmente no le conozco.

—Alto, flaco y feo. Es un amargado sonriente, porque en ninguna parte está a gusto, lo ha probado todo y todo le aburre. Nació en algún rincón europeo, tiene ya cuarenta años y cuando se lo propone, casi es simpático.

—Veo que le conoce a fondo.

—Ya lo creo. Le partí un labio.

—Entonces, serán poco amigos.

—Apenas nos dimos varios piñazos, fumamos la pipa de la paz. Habíamos bebido unas copas de más y nos abrazamos generosamente. Fue a propósito de una hembra fantástica, que...

—No me interesan los detalles particulares.

—¿No? Este es el inconveniente de ustedes, los hombres enteros. No prestan atención a los pequeños detalles de las mujeres. Me

parece, Rodney, que en cuestión de hembras anda usted muy pez.

—Esta ciencia es exclusivamente de su dominio, Butler. ¿Y qué otras necedades retratan a Maxim Sinistra?

—Es adusto de aspecto, poco sociable y parece tener mal genio. Tratado, es agradable. Casi parece bonachón, cordial, confiado y merecedor de una corona de beato. Pero, sí, sí... Es lo que yo llamo un caimán con mucha escama resbaladiza. ¿Se da cuenta?

—De lo que me doy cuenta es de que un café no me vendrá mal. ¿Viene al bar, Butler?

—El café que dan aquí es jugo de calcetines sucios. Aguarde tres minutos y le llevaré al Romanof. Un café de rechupete.

—Bien, ya que conoce a Sinistra y que yo necesito relacionarme con algunas personalidades de su círculo, ¿puede presentarme a quien sea?

—Le presentaré a Ilona Taylor. Bueno, se llama Mary Perkins, pero se enfada si se lo recuerdo. Es desde hace exactamente... tres meses y dos días, la novia de turno de Sinistra.

«Tres meses y dos días», pensó Rodney. Exactamente el mismo tiempo que llevaba casado con Arline.

—A efectos de presentación, ¿usted qué es, Rodney?

—Ingeniero de minas, que es de lo único que entiendo. Llevo documentación a tal efecto.

—¿A quién tengo yo que vigilar?

—Por ahora, mis espaldas.

—Trabajo reposado. Sinistra no es celoso. Puede usted timarse con Ilona. Es usted del tipo de los que le pueden gustar a ella.

—Esta clase de trabajo, si llega el momento, se lo recomendaré a usted, Butler.

—Usted tendría más éxito.

—¿Por qué se ríe?

—Porque hay cosas graciosas. ¡Estaría bueno, fenomenal, que le quitara usted la novia a Sinistra!

—No le veo la gracia. Además, la mujer ajena es tabú para mí, y por encima de todo, tengo esposa, y las demás mujeres no existen. Hay dos sujetos a los que conviene buscar. Se llaman, respectivamente, Cornel Chandler y Dago Prescott.

—¡Dago y Cornel! ¡Vaya, qué bueno! Les conozco, ¿sabe, Rodney?

—Por lo que oigo, no hay nadie en Los Angeles a quien no conozca. Comprendo ahora por qué me cargaron... perdón, por qué me dieron su colaboración.

—No se disculpe, Rodney. Mi cutis es impermeable.

El tren fue aminorando la marcha, penetrando bajo un gran hangar de la estación.

Súbitamente, Rodney miró con dureza al apuesto Butler.

—Oiga, amigo... Cuando terminemos esta misión, habrá algo que me aclarará usted.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué me mira usted con lástima?

—¿Yo?

—Sí, usted! ¡De mí nadie tiene lástima! ¿Se entera?

Lon Butler adquirió un aspecto serio, endurecido. Ya no era el superficial y vacuo conquistador engreído.

—Lo siento, Rodney. No creo que le mire como dice, pero, en todo caso, será porque me apiado de los hombres de una sola pieza. Discúlpeme. Soy un necio, pero créame que no deseo molestarle ni que se aumente la antipatía que le inspiro.

Rodney se encogió de hombros, mirando a otro sitio desde la plataforma.

Lon Butler se distrajo porque en el andén acababa de ver a una mujer, hacia la cual agitó los brazos, gritando:

—¡Eh, ricura! ¡Aquí está bebé-hierro!...

Y con voz normal le aclaró a Rodney:

—Nos interesa porque es amiga de Ilona y Sinistra. Tuvo debilidad por mí. En los momentos dulces me llamaba bebé-hierro.

—¿Dónde está el Romanof?

—¡Eh, ricura! Ya te veré por la tarde en el Glory. Dígame, Rodney, si me encaro con Chandler o Prescott, ¿debo disparar primero y saludarles después?

—Saludarles, y que sigan creyendo que usted es... lo que representa.

—Un necio presumido, ¿no?... Bien, de acuerdo, inspector Rodney.

CAPÍTULO IV

Vistiendo calzón de baño, sandalias y una holgada camisa blanca, Maxim Sinistra, en el centro de la amplia habitación, exclamó:

—¡Antes que besarte, abrazaría a un leproso!

Sacudió la cabeza enojado, y volvió a exclamar:

—¡No me pidas amor, porque eres repulsivo!

Dio un taconazo en el suelo, y miró casi con odio a la muchacha que, sentada y con el bolígrafo en alto sobre la libreta que apoyaba en una rodilla, esperaba.

—No hay manera —gruñó Sinistra—. Esta escena se me resiste. Es absurdo que una mujer generosa en sus amoríos proclame repulsión hacia un hombre apuesto, como se supone lo es el protagonista. Además, ¿usted me sobra!

—Lo lamento, señor. Fue usted mismo el que pidió una taquígrafa que tuviera estudios de literatura y que fuera fea.

—Yo no le he dicho que sea fea. Su nombre, Felice, sí. ¿Me permite que la llame Minerva?

—Como usted quiera, señor Sinistra.

Sinistra sonrió, y su feo semblante irregular tuvo luz de afectuosa simpatía en los pardos ojos.

—No puedo con este argumento. Es completamente estúpido.

—La asesoría dice en su informe que es lo mejor que ha escrito usted.

—Si yo escribiera bien, no estaría aquí. En fin, Minerva, ya que solicité una taquígrafa rápida para tratar de corregir las frases censuradas, sigamos, y perdóneme. No soy tan estúpido como parezco, ni tan inteligente como creen algunos.

—¿Me permite una sugerencia, señor Sinistra?

—Llámeme Max, que para algo es usted taquígrafa.

—Como usted quiera, Max.

—Me gusta su sencillez. No es usted coqueta ni hace aspavientos, como otras pavas de su profesión. Nos entenderemos bien si me acostumbro a dictar. Diga.

—Esta frase censurada se le resiste, porque es usted hombre y no puede penetrar las distintas repulsiones femeninas, que no son sólo físicas, sino también anímicas. ¿Soy pedante?

—Ni mucho menos. Siga.

—La protagonista es una espía, y saber que el hombre que ella

quiere de verdad es un agente enemigo, es algo que le impide entregarse, porque en su conciencia teme a la idea de que pueda existir falsedad en su entrega. Y por esto, para lanzar su exclamación de repulsión, le es mucho más sencillo decir, por ejemplo: «No me beses, Mark. Me dolería en el alma». Es cursi, pero haría efecto. Disculpe si le parezco pedante, pero...

—¿Usted es inteligentísima, Minerva! ¿Qué sueldo gana?

—Tengo un contrato de tres años, a mil mensuales.

—¿Una estafa! ¿Y por qué no escribe guiones?

—No tengo imaginación. Pero tengo práctica en corregir frases, cuando son amorosas y se supone sean femeninas.

El teléfono repicó en la mesa. Sinistra se llevó el aparato al oído.

—Aquí, Sinistra. ¿Quién?

—Chandler. No le he llamado antes porque sé que usted duerme hasta tarde. Malas noticias. Se quedó allá para siempre Smart. Le han invadido el piso a medianoche...

—Dentro de media hora me pasearé en el balandro. Hablaremos entonces. Hasta luego.

Ahorquillé y, acercándose, miró a Felice Sunderman.

—Una respuesta deliciosa: «No me beses, Mark, porque me dolería en el alma». Anótela, y pasemos a la otra frase. Mark se entera de que acaban de matar a su mejor amigo, y de pronto se da cuenta de que sólo puede ser por culpa de ella, la mujer, fatal a su pesar. Y yo le hice decir: «Será mi primer placer real, el que me darás mientras te oiga gemir estrangulándote». Doña Censura me tachó esta frase, sin que acierte a comprender la razón.

—Esta frase es europea, Max. Nosotros, porque yo soy austríaca, en el amor y en la literatura, somos complicados. Los americanos, no. Un americano del Norte, al saber que su amada le traiciona, se emborracha y va a ver a su abogado. No emplea frases apasionadas.

—Ya. Pero si Mark no le salta al cuello y la estrangula, suprimimos el efecto. Diga.

—Podría, por ejemplo, avanzar las manos como para acariciar, murmurando: «Te quiero tanto...», y entonces sus manos se crispan, y que la cámara sólo nos muestre el cuerpo femenino luchando primero y después cayendo lentamente hacia atrás.

—¿Soberbio! Anote.

Encendió Sinistra un cigarrillo. Esperó a que ella cesase de escribir.

—¿Tiene usted propietario?

—Estoy al servicio de los escritores que...

—Me refiero a si tiene esposo, amante, novio o candidato.

—No.

—Entonces, para demostrarle mi agradecimiento, ¿vale invitarla

a cenar?

—Aceptaría, pero la cláusula dieciséis de mi contrato me prohíbe salidas en público o relaciones con escritores. Influiría en la tarea.

—Entonces, ¿me acepta este pequeño obsequio?

De un estante, cogió Sinistra una cajita afiligranada en oro y plata. Valía quinientos dólares.

—Guarde en ella la imaginaria flor blanca que yo le hubiese dado hace veinte años. Ya hemos trabajado bastante, Minerva. He tenido un sincero placer en conocerla. Y no me guarde rencor si he sido algo brusco. En el fondo, soy un gran tímido, porque me analizo demasiado.

Poco después en su despacho, mirándose al espejito, dijo ella:

—Es galante, encantador, muy europeo. Lo que hace y dice, es sentido, no es pose.

Se miró complacida. No era fea, sin maquillaje, claros los ojos y lozano el prieto cuerpo.

Zumbó el dictáfono. Bajó la palanca;

—Al habla Fel Sunder... ¿Asesoría?... Sí, el señor Sinistra ha corregido ya las escenas censuradas... Bien. ¿Al despacho del señor Hyslop? Muy bien. Allá voy... No, no... Ya sé que no debo decirle al señor Hyslop que el señor Sinistra ha solicitado una taquígrafa fea... Gracias, ya sé que sólo yo puedo soportar a los guionistas, y que no soy fea.

Se levantó, y, acariciando la cajita recientemente regalada la introdujo en su cajón particular, donde guardaba cinco fotos: Yves Montand, Paul Newman, Cassius Clay, Ben Gazzara y Lee Marvin.

Fel Sunder para los Estudios, Felice Sunderman antes de llegar a California, era una romántica con gustos eclécticos.

Maxim Sinistra salió del *bungalow* para dirigirse al embarcadero, donde guardaba su balandro y su canoa.

Al penetrar en el caserón con dos plataformas bordeando el agua, tuvo instintivamente noción de que había alguien.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, arqueó las cejas sorprendido al ver a Lon Butler indolentemente reclinado contra el tabique.

Hacía girar alrededor de su índice el portagatillos de un revólver.

—Hola, Butler. ¿Qué le pasa? ¿Quiere demostrarme que su físico y su habilidad volteando un arma son los apropiados para un *western*? Ya sabe que no escribo cosas de vaqueros.

—Olvide el cine por un momento. Tal como me ve, vengo a jugarme el pellejo.

—Oiga, déjese de tonterías, que los melodramas los fabrico yo. ¿Está bebido, donjuán?

Butler miraba de vez en cuando hacia la salida del caserón que daba al mar.

—Rondan Chandler y Prescott, que seguramente le estarán esperando. Me interesa que usted les haga saber que yo no vengo a buscar pelea. Me pondré melodramático, Max. Si alguno de ellos piensa tumbarme, y hablo en voz bastante alta, para que me oigan desde donde están agazapados, fíjese en que el cañón le enfoca el estómago, Max, y es usted un talento para morir en la flor de, la edad.

—¿A qué guión pertenece esta escena, Butler?

—A un guión que podríamos llamar *El hablador durmiente*, relacionada con un tal Chester Rodney.

Maxim Sinistra se cruzó de brazos.

—Interesante.

—Usted no sabe la obsesión que es para un extra como yo poder lograr un papel secundario. Y usted puede proporcionármelo.

—Si para conseguir un papel secundario, todos los extras vinieran a visitarme pistola en mano...

—Es que yo no soy todos los extras. Y exhibo la pistola porque piso un terreno peligroso.

—Vaya al nudo del argumento, por favor.

—A las dos de esta madrugada me instalé para dormir en la litera superior del compartimiento B-12 del *pullman* Sur. Tardo en atrapar el sueño. En la litera inferior un tipo roncaba, pero de pronto dejó de roncar y empezó a hablar con claridad. Creí que soñaba, pero lo que decía era interesantísimo.

Los ojos de Sinistra se convirtieron en estrecha rendija acechante. Escuchaba con enorme atención.

—Resumo lo que el tipo hablaba sin darse cuenta. Parece ser que esta noche pasada, Chandler, Prescott y un tal Smart, vapulearon a un agente de la BIS llamado Kirby. Esto ocurrió en su piso de usted, Max. El agente Kirby buscaba unas fotos relacionadas con el desierto de Mohave.

—Por ahora, puede aprovecharse para un guión. Siga.

—Smart murió, y Chandler y Prescott escaparon. El tipo de la litera se puso a divagar acerca de su amadísima Arline, y entonces empezó lo bueno. Al parecer, por lo que decía inconscientemente, la BIS está muy interesada en sus pasos y fotos, Max. Y envían a este tipo, que al levantarse y mientras se afeitaba, me dijo llamarse Chester Rodney y ser inspector de minas. Sí, sí, inspector de

minas... Me pidió que, siendo yo de Los Angeles y conociendo gente aquí, le presentase a quienes estaban relacionados con usted. Cuanto le acabo de decir, ¿vale o no vale un papel para mí en la próxima película, Max? Es cuanto pido. Yo no sé nada, ni quiero saber nada.

Sinistra se encogió de hombros.

—¿Sí? Vaya, pues entonces seguramente Chandler y Prescott están rondando por ahí, cogiendo margaritas, ¿no? Bueno, excúseme por haberle importunado, genio.

—No hay por qué.

Volvió Butler a colgar la pistola del clavo de donde la había cogido dentro del armario con trebejos de pesca.

—A propósito, Max. No en vano me he leído tantas novelas policíacas, y por esto le escribí a un buen amigo, incluyendo en sobre lacrado una nota, y otra diciéndole que sólo lo abriera en caso de sucederme algún accidente raro. Es por si acaso, ¿sabe? Además, considero mi deber de ciudadano avisar a la BIS que uno de sus inspectores, sin saberlo, es un traidor, porque sueña en voz alta.

Acariciándose la barbilla, sonrió Sinistra.

—Vamos a rodar pronto, con Duncan Forester, mi guión *Soga de arena*, y tal vez el papel de tercer protagonista le encaje, Butler. Sí, cuanto más le miro y le oigo, tanto más creo que convenceré a Forester para que le dé este papel.

—Papel por papel, yo le daré el sobre lacrado y me abstendré de avisar a la BIS. Allá ellos. A mí lo único que me importa es mi carrera cinematográfica. Rodney quiere que le sirva de cicerone por los Estudios.

—Traígalos. Considero superfluo hablarle de discreción. Oiga, le creía más estúpido... Supongo que se habrá dado cuenta de que tiene la gran ocasión en sus manos.

—Y no la perderé. Cuente conmigo para todo. Bueno, ¿pueden ya aparecer Dago y Cornel? Ya no hemos de estar recelosos.

Dago Prescott y Cornel Chandler aparecieron, huidiza la mirada.

—¡Valiente par de imbéciles! —rezongó Sinistra—. Os las dais de duros y sois un par de necios. Ahora tenéis a la BIS tras vuestros pasos, o sea, que no me conviene que os vean conmigo. Ya sabéis dónde ocultaros. Allí os daré otras órdenes. Coged el coche y largaos. Pronto nos veremos.

El ascendiente o la categoría de Sinistra en la organización, debía ser grande sobre los dos insensibles asesinos profesionales, porque, sin decir palabra, abandonaron el embarcadero.

—¿Un paseo en balandro, Butler? Coja aquel bañador.

—Le aviso que nado como un pez.

—No sea estúpido. Usted me puede ser muy útil. ¿Qué desea de

mí el inspector Rodney?

—Por de pronto, unas fotos del desierto de Mohave entre Pasadena y Crucero. De esto hablaba... Lo malo es que se aloja en mi hotel, pero como comprenderá, no dormimos en la misma habitación. Por lo tanto, no podré comunicarle más noticias.

—Trataré de arreglarlo.

Se bañaron, orzaron velas, tomaron el sol, hablando ya solamente de cosas relacionadas con el cine y la televisión. Cuando, ya vestido, iba a despedirse Butler, dijo Sinistra:

—Mucho cuidado, Butler. Para usted, tener la boca cerrada con los demás y abierta conmigo, le puede suponer un papel estelar en la próxima película de Foresten. Un papel que escribiré a su medida.

—Guapo, tonto y presumido, ¿no?

—En efecto. Los inteligentes, como usted y yo, sabemos que lo que importa no es ser, sino aparentar. Bien, traiga esta noche a su inspector de minas a la fiesta que daremos en la residencia de Forester. Como nuestras residencias son vecinas, si el inspector quiere registrar mi despacho, encontrará las fotos... Las fotos que me convengan a mí. Hasta la noche, astro.

—Hasta la noche, genio.

Y, silbando, se alejó Butler hacia su coche alquilado. Era la viva imagen del joven mujeriego.

CAPÍTULO V

A la hora del aperitivo en la terraza del hotel en que se alojaba, Rodney vio acercarse a Butler.

—Esta noche conocerá a Sinistra. Hay una fiesta en la casa del director Duncan Forester. Fui a ver a Sinistra para pedirle un papel, y me lo ha dado. ¿Ha curioseado por la ciudad?

—Preferí pasear con aquella moto. Alquilada, pero buena. Hace las cien millas sin esfuerzo. Subí la colina aquella, desde la que se ve toda la bahía.

—También pudo ver las residencias de Sinistra y el director Forester. Están juntas, separadas por un jardín.

—Las vi.

—Entonces, se habrá dado cuenta de que esta noche, mientras dure la fiesta, podemos echar un vistazo al despacho de Sinistra. Vive solo, y el matrimonio que le cuida la casa, él como jardinero, se va al anochecer.

—Gracias por el informe. Después de comer, pienso darme un paseo por el valle hasta Pasadena. Como inspector de minas, debo documentarme.

Cuando anochecía, regresó Butler de sus tomas de contacto con antiguas amigas. Llamó a la habitación de Rodney, pero éste no había regresado.

Se tendió en la cama, después de ponerse cómodo, leyendo historietas cómicas, que era su lectura predilecta.

Reía abundantemente cuando en la puerta resonó una seca llamada.

—¡Adelante!

La puerta se abrió, y un individuo entró rápidamente, cerrando, y adosándose a la pared, miró en rededor.

Incorporándose, protestó Butler:

—¡Ey! ¿Qué modales son éstos?

El recién llegado se quitó las gafas negras. Llevaba un copioso bigote y una barbita corta, pero, aunque hinchados, eran los ojos de Douglas Kirby los que miraban al atónito Butler.

—¡Sopla! ¿Qué haces aquí, Doug?

—Me han dado siete días de permiso por convalecencia, y pensé que los aires de por aquí me sentarían mejor.

—Di con más sinceridad, que estar lejos de tu adorado Chester te deprime.

—No me reconocerán Chandler ni Prescott. Y puedo echaros una mano, si se presenta la ocasión.

—Pese a tu pelo postizo y tu hinchazón, te adivino preocupado, Doug. ¿De qué se trata?

—Hay algo que no me deja dormir bien. Lo he discutido ya con Rodney, pero no me hizo caso.

—Vierte tu corazoncito en mis orejas.

Kirby se sentó.

—Hace tres meses que las cosas nos salen mal al equipo. Me refiero a nuestro grupo. Primero fue el asunto Grove. Se presentó Rodney, y lo recibieron a tiros. Salvó de milagro la piel. ¿Quién había avisado a la pandilla de Grove? Después fue el asunto Nethat. Escabecharon a Monky y nuestro grupo quedó reducido a Perkins y a mí. Y un poco más, y ayer me escabecharon a mí.

—Nuestro oficio es peligroso, Doug.

—Esto ya lo sé. Pero en los tres asuntos que te he citado, los que íbamos a cazar nos esperaban con la escopeta preparada. ¿Quién les avisó? Hay que descartar a Perkins. Apuesto que ayer lo liquidaron. Es imposible sospechar del inspector Rodney, y en cuanto a mí...

—Tú eres incapaz de traicionar ni a tu sastre.

—Entonces, ¡sólo queda La Voz! En los dos primeros asuntos que fallaron, sólo estábamos enterados los cuatro del grupo. Cayó Monky. Después cayó Perkins. Está claro... La Voz es quien...

—Pasito corto y pausa, Doug. A ti no te soy antipático, ¿no?

—Me haces gracia y no me caes mal, porque sé que no eres tan fatuo ni tonto como quieres hacer ver. Pero, ¿a qué viene...?

—Me disgustaría reñir contigo, Doug. Pon las dos manos encima de la mesa.

—¿A qué viene...?

—Por si acaso. Eres algo impetuoso, y al oírme podrías echar mano de tu herramienta.

—¡Hombre, no! —rió Kirby—. Porque si me acusas a mí de traidor, te demostraré que no lo soy.

—Tú estás convencido de que entre La Voz, Rodney y tú, uno de los tres es un traidor.

—Tan convencido, como que ahora son las ocho.

—Bien, coloca las manos. Así... El traidor que va con el soplo a los pájaros que tenéis que cazar, es Rodney.

Kirby tragó saliva. Sus cejas se fruncieron y lentamente murmuró:

—Te voy a matar, Butler... Te voy a matar, Butler...

—Calma, chico. Yo sé que adoras a Rodney y que para ti es un ejemplo de honradez y virtudes. Sigue con las manos quietas, si quieres oírme todo lo que he de decirte.

Anonadado por el tono sincero y calmado de Butler, Kirby hizo un esfuerzo por contenerse.

—Habla.

—A las dos de la madrugada empezó mi colaboración con Rodney. Él no me tiene simpatía, pero yo sí se la tengo. Se echó a dormir. Yo soy tardo en coger el sueño. El caso es que de pronto, Rodney empezó a hablar. Hablaba claramente, pero durmiendo. He leído algo acerca de eso. Tensiones cerebrales que se relajan al dormir. Bien... Yo no sabía ni palabra del asunto por el que veníamos a Los Angeles. Y Rodney empezó a hablar de lo sucedido en el ático, de unos emparedados sabrosos, de la buena esposa que era Arline, de dónde podrían estar las dichas fotos tomadas por Sinistra en el desierto de Mohave, entre Pasadena y Crucero... Yo me incliné para mirarle. Cuando cesó de hablar, su rostro se distendió como descansando del todo y volvió a roncar.

—¿Y por qué no le despertaste?

—Ahora llegamos al punto delicado, Doug. ¿Te has enamorado alguna vez? No, no... Hablo muy en serio. Responde.

—Habré tenido unas cinco o seis novias.

—Esto no es enamorarse, Doug. Tú y yo en esto somos iguales. Pero Rodney está hecho de una sola pieza. Se enamoró cuando vio a Arline, y sin más...

—Deja aparte a su esposa, o te...

—Estamos resolviendo algo muy importante, Doug. Demostrar que el inspector Rodney sigue siendo un hombre honrado y digno de tu idolatría. Pero habla en sueños... ¿Quién le escucha? Su esposa. Y ella no se lo ha dicho, porque si se lo hubiera dicho, Rodney no hubiese dormido en el mismo compartimiento que yo. Ahora, deduce tú mismo.

Kirby se pasó la mano por la cara, en gesto patético.

Acercándose, le palmoteó Butler la rodilla.

—¿Te das cuenta? Rodney está enamorado hasta el tuétano. Yo seré un tarambana en estas cuestiones, pero me arrancaría la lengua antes que ir a decirle a Rodney: «Oiga, inspector, usted habla en sueños y su esposa lo comunica a los interesados». ¿Te das cuenta? No me importaría que Rodney liquidara a su esposa, que se lo tiene merecido, aunque hay algo que no acabo de comprender. Lo que sí me importaría es la vida destrozada para siempre del enamorado Rodney.

—¿Qué es lo que no comprendes, Lon?

—Tengo pupila, y cuando he visto a Arline agarrada del brazo de Rodney, era la mujer que ama, no la que finge. Y he deducido que es posible que haya alguien que tiene un poder secreto sobre Arline, y que la obliga a repetir los sueños de Rodney.

—¡Maldito sea quien...!

—Frena, Doug. Mira, ahora Arline no está aquí, y, por lo tanto, podemos trabajar sin tener que vemos obligados a advertir al jefe que le den licencia a Rodney. Tenemos que arreglar esto. He pensado obligar a Arline a largarse lejos. Rodney quedará aplanado, pero se hará a la idea de que debe sobreponerse y seguir en su tarea. Todo menos que Rodney sepa la verdad.

—Gracias, Lon. Eres un gran muchacho.

—No se lo digas a Rodney, porque no me puede ver ni en pintura. Es un puritano sincero.

—¿Quién crees que le está haciendo chantaje a Arline?

—Podría ser también cuestión de dinero, pero no lo creo. Escucha, Doug... Arline, con el nombre de Lyn Market, probó suerte aquí hace medio año. Conoció a Sinistra, y al parecer, éste la quería, pero ella no se dejó convencer. Lo curioso es que apenas abandonó Los Angeles hace cuatro meses, conoció a Rodney. ¿La envió Sinistra? ¿Cobra ella, o es por temor a algo de que pueda valerse Sinistra? No, no, Doug... Hacerle un buen interrogatorio a Sinistra no puede ser. De momento, he resuelto el asunto a mi modo.

—¿Cómo?

—No cabía duda que Sinistra sabía ya que Rodney es inspector de la BIS.

Explicó entonces Lon su conversación de por la mañana en el embarcadero con Sinistra.

—Y así estoy metido entre ellos. No puedo explicárselo a Rodney. Basta con que tú lo sepas.

Kirby tendió el oído. Un taconeo femenino se acercaba a la puerta.

—¿Esperas alguna conquista?

—No. Pero yo las gangas siempre las aprovecho. Voy a ver quién es.

Llamaban a la puerta. Abrió Butler, y, retrocediendo, exclamó amable:

—¡Vaya, vaya, qué sorpresa! Pase usted, señora. Su esposo se pondrá, muy contento.

Entró Arline, y explicó rápidamente, mostrando un telegrama;

—Una amiga que conoce a mi marido le vio hoy y me telegrafió. He venido y no creo que Chester se moleste. No está en su habitación. Hola, Kirby. Pese a su barbita, le he reconocido. ¿Qué les pasa? Parecen molestos...

Dijo Kirby:

—Es que... ya sabe cómo es el inspector. A lo mejor no le gusta que usted...

—No digas burradas, Doug —atajó Butler—. El inspector se pondrá muy contento. Siéntese, señora. ¿Un jugo de frutas, un refresco...?

Ella introducía de nuevo en su bolso el telegrama enviado por Sinistra, aunque firmado con nombre de mujer.

Le serviría de escudo ante Rodney para decirle que le gustaba tanto Los Angeles que había pensado que él no se enfadaría con su inesperada llegada.

Kirby se puso en pie.

—Voy a mudarme. Hasta luego, señora. Ya nos veremos, Lon.

—Hasta luego, Doug.

A solas con ella, sonrió Butler.

—Si la ven por la ciudad, es posible que su marido sepa que usted fue Lyn Market.

—Usted prometió no decírselo. Ya sabe cómo es Chester. Muy puritano y no creería que se puede ser decente en la profesión de actriz y que si no llegué a nada en el cine fue porque quise conservar mi decencia.

—Pero, al venir, alguien la reconocerá. Yo, en su lugar, Arlene, volvería a San Francisco. Hágame caso y siga mi consejo.

En la puerta apareció Rodney, puños crispados, dura la voz, preguntando:

—¿Ignora usted, Butler, que a mi esposa sólo la aconsejo yo?

CAPÍTULO VI

Echándose en brazos de Rodney, dijo Arline precipitadamente:

—Butler me aconsejaba regresar a San Francisco.

—¿Por qué?

—Ya que estás aquí con una misión que cumplir, creyó que sería para ti un estorbo.

—Lo dicho, Butler. Guárdese sus consejos para cuando se los pidan. Vámonos, Arline. ¿A qué hora es la fiesta, Butler?

—Empieza hacia las once.

A solas, Butler se pegó un puñetazo en la palma izquierda.

Ahora, Arline le diría a Sinistra que él era un agente que había venido con Rodney para desenmascararle.

Era preciso hacer algo y pronto. Pero, ¿qué podía hacer sin decirle a Rodney toda la verdad?

Fue a la habitación de Kirby que, en pijama, terminaba de renovarse los apósitos.

Aumentó su depresión de ánimo, al contarle Butler la nueva complicación que representaba la presencia de Arline.

—No queda más remedio, Lon. Tenemos que notificar al jefe lo que está ocurriendo.

—Y será la ruina moral de Rodney. Escucha, Doug, si Rodney fuera un tipo vulgar, yo no titubearía, pero le admiro porque es un hombre recto y digno. ¡Estoy muy harto de tipos como yo!

—No te calumnies, Lon. Tienes un corazonazo y unos nobles sentimientos que disimulas bien. Oye, ¿y si consiguiéramos alejar a Arline?

—Sería como avisar a Sinistra. He pensado algo mejor. Sinistra me cree capaz de todo con tal de conseguir un papel en su próxima película. Para cubrirme del golpe cuando Arline le comunique que yo soy agente a las órdenes de Rodney, le digo que me ofrecí, para así poderle servir a él. ¿Te das cuenta?

—Es peligroso, Lon. O te fríe a tiros Sinistra al enterarse, o se confunde Rodney tomándote por un traidor... Bien, ya veo que no te asusto —sonrió Kirby—. Pero hay que solucionar esto de Arline, porque en lo futuro...

—Solucionemos por el momento el presente.

Campanilleó el teléfono de la habitación. Descolgó Kirby, que hizo un ademán significativo hacia Butler.

—Diga, inspector...

—Soy ingeniero de minas, al igual que usted está inscrito como Vladimir Marko. Como mi esposa estaba cansada del viaje y se ha dormido, quisiera cenar con usted y Butler. He elegido un sitio espléndido, en el jardín. Estaremos solos y tranquilos para hablar.

Cuando ambos se dirigieron a la glorieta de la terraza posterior donde esperaba Rodney, tuvieron un sobresalto, y una extraña sensación molesta les acometió.

En los siempre duros ojos de Rodney había lágrimas que silenciosamente resbalaban por sus pómulos.

Y no hacía nada para ocultarlas, al decir con voz enronquecida:

—Grotesco y ridículo, ¿verdad, muchachos? No las puedo contener. Yo creo que es algo que arde en mi alma y se transforma en agua quemante. No las puedo contener.

Kirby, que nunca le había visto manifestar la menor emoción ni sentimiento, notó un nudo en la garganta.

Agregaba Rodney:

—¡Qué torpe he sido, Lon! Te desdénaba y eres todo un hombre cabal. Conforta pensar que hay amistades leales que compensan. Ahora te diré lo que ha sucedido. Esta mañana, con los prismáticos, te vi salir muy amigo de Sinistra, después que del mismo caserón hubieron salido Prescott y Chandler. Y perdóname, pero sospeché de ti, te creí un traidor... ¿No es gracioso? Yo, el imbécil, yo, el traidor...

—¡Hombre, no! —protestó Kirby—. Usted no es un traidor.

Butler forzó una carcajada.

—Todo tiene arreglo, inspector.

—Como sospechaba de ti, Lon, esta tarde, fingiendo irme, me quedé en mi habitación, y oí cuanto hablaste con Doug, al que primero creí algún cómplice de Sinistra al cual ibas tú a informar. Hasta hoy, poco sabía yo de disimulos, pero juro que, de ahora en adelante, le sanaré al más hipócrita de los humanos. No me miréis tan apenados, muchachos. Lo que no mata, endurece. Cuando, al averiguar la traición de Arline, no me salté los sesos... Cuando ahora mismo acabo de besarla con la misma aparente adoración de siempre..., ya no hay peligro. Apenas quede aclarado lo referente a Sinistra, entonces, ¡ya sabré yo ajusticiar a esta pécora!...

—No, Rodney. No se lo consiento —atajó Butler secamente—. No debe sospechar de Arline nada que vaya contra la decencia de una buena esposa. Ella le quiere... Sí, no me mire como si dijera tonterías... Ella le quiere. Doug y yo hemos deducido que debe estar sometida a chantaje por Sinistra.

—Ella tenía el deber de comunicármelo. No espiar mi sueño y repetir mis palabras a otro. Si yo fuera un hombre sin obligaciones, ahora mismo resolvería este asunto. Pero seguiré, al parecer,

hablando en voz alta mientras duermo. Me costará pasar la noche en vela, con drogas, pero Sinistra caerá. Y tu plan es magnífico, Lon. Es más... En mis sueños manifestaré mis sospechas hacia ti... ¿No es la vida un continuo engaño? ¡Pues, a vivir!

—¡Hombre, no! Mire, inspector, ahora está usted como si dijéramos *groggy*, pero cuando se recupere comprenderá que la pobre Arline se vio obligada...

—¿Sí? ¿Y esto hará resucitar a Perkins y a Monky, acribillados por mi culpa? No me interrumpas, Doug... Cuando termine con Sinistra y Arline, ¿qué me toca hacer? Renunciar, dimitir, y declararme responsable indirecto de las muertes de Perkins y Monky... Bien, vayamos a lo que importa. Te has metido en algo peligroso, Lon. Te pueden quitar de en medio inesperadamente.

—También a usted, inspector, puesto que saben que lo es.

—Queda Doug de repuesto. Los tres ganaremos. Es indudable que Sinistra habrá dejado las fotos en lugar donde las pueda yo encontrar fácilmente. No serán las fotos que necesitamos. Pero el engaño debe seguir hasta el fin. Cada cual en su sitio. Tú, Doug, te quedarás en tu habitación. Haré colocar una interferencia entre tu teléfono y el de mi cuarto. Quien telefonee a Arline, lo sabrás. Ella no quiere salir. Dice que sólo ha venido para estar a mi lado, en mis ratos de descanso. ¡Es una adorable ingenua!

—Es la viva imagen de la adorable ingenua. Fíjate bien — insinuó el director Duncan Foresten.

—Deliciosa —aprobó Sinistra sinceramente—. ¿Cómo se llama?

—Tessa Brooks, y procede del Norte. Me envió varias fotos, y sus certificados de academias teatrales y escuelas de baile. Lo que me impulsó a invitarla y probarla, fueron sus fotos. Se desprende de ella un aura poética de legítima ingenuidad.

Tessa Brooks, la que era objeto de los elogios del director, era grácil y aniñada, aunque alta y bien modelada.

Se encontraba conversando en un rincón del amplio salón con tres invitados a la fiesta, que rivalizaban en querer obtener su aislada compañía.

Forester daba la fiesta para reunir a los principales componentes de su próxima película *Soga de arena*.

Aceptó la recomendación de Sinistra para dar un buen papel a Lon Butler, comentando únicamente:

—¿Este relamido imbécil presuntuoso, Max? Si te empeñas en que nos estropee unos centenares de metros de celuloide, será porque tendrás tus razones.

—Creo que puede fingir muy bien el hombre duro, el guapo sin escrúpulos. También quiero como *script-girl* a Fel Sunder. No me lo discutas. Es inteligente y la quiero para trabajar rápidamente y en concordia. ¿Qué equipo has reducido al mínimo para rodar los exteriores en el desierto de Mohave?

—El jefe de operadores, O'Grady; su cámara, Mac Gregor; Tessa Brooks, Jimmy Presión, tú, Lon. Butler, Ilona Taylor y yo. El camión, dos coches, dos remolques y provisiones para siete días.

—De acuerdo. Voy a probar mi suerte con la ingenua adorable.

Arline acababa de dar los últimos retoques a su maquillaje de noche. Vestía un drapeado de oscuro carmesí que le daba un aspecto sugestivo.

Parpadeó Rodney al entrar, después de la cena.

Corrió ella a abrazársele, y con voz trémula, murmuró:

—Tengo que confesarte algo muy grave, Chester.

Creyó Rodney que los repentinamente acelerados latidos de su corazón iban a ser percibidos por la mujer que le enlazaba amorosa.

—Nada es grave si hay sinceridad, Arline. ¿Qué te sucede para que hayas vestido estas galas de estrella de la pantalla?

Ella, suavemente, obligó a sentarse a su marido, acomodándose sobre sus rodillas, y fue diciendo:

—Antes de conocerte, intenté suerte aquí mismo. Me hice llamar Lyn Market. No te lo confesé antes porque temía tu carácter puritano, pero te juro que fui tan honorable como debía serlo, y tal vez por esto fracasé en mi intento de triunfar en la pantalla. Te lo confieso ahora, porque no me parece bien seguir ocultándotelo.

—¿Sólo era esto? ¿Nada más?

—Nada más, Chester.

—Bien, no debiste temerme. Todo lo puedo comprender y perdonar, menos el engaño. Felizmente, no es este tu caso, Arline. Si nada tienes que reprocharte durante los tres meses que llevamos de casados, entonces... nada tienes que temer de mí.

—Gracias, Chester. Y ahora que ya lo sabes, ¿me dejas ir a la fiesta contigo?

—¿Por qué?

—Quisiera conocer al genio.

—¿Quién es este genio?

—El director Cunean Forester.

—Ah... Espero que no pensarás pedirle un papel de ingenua.

—No, no... Es solamente que las cosas de la pantalla, como a toda mujer, me atraen. ¿Me dejas ir contigo?

—Naturalmente que sí, ricura.

Ella se desprendió del abrazo, y, levantándose, miró extrañada a Rodney.

—Me has llamado «ricura».

—¿Es que no lo eres?

—Una vez dijiste que esta palabra sólo la aplicabas a las mujeres de una noche sin mañana.

—Bueno, se me escapó, porque estás excitante y muy poco ama de casa con este sangriento ropaje ceñido.

—¿Te gusta?

—Hace juego con las cosas de la pantalla. Deberás recordar que soy ingeniero de minas. ¿Vamos? Nos acompaña Butler. Al parecer, le han dado un papel en la película de este genio llamado Forester. ¿En qué consiste su genio?

—En que debe sacar partido hasta de un alcornoque, convirtiéndolo en actor.

—¿Lo dices por Butler?

Rió ella, y poco después, en el coche alquilado por Butler, se dirigían los tres a la fiesta de Forester.

Al ver entrar a Arline, escoltada por Rodney y Butler, murmuró Forester:

—Diantres... Esta desconocida es también muy interesante, Max. ¿La conoces tú?

—No. Y es lamentable. Lo remediamos. Yo invité a Butler, y le dije que podía traer a sus amigos. Vamos allá.

Lon Butler era el prototipo del despreocupado maniquí social, cuando, tendiendo la mano hacia el director y el guionista que se acercaban, presentó:

—El ingeniero de minas Chester Rodney y su esposa Arline, que han sentido grandes deseos de ver de cerca el parque zoológico del cine de categoría, representado por todos nosotros. El director Forester, el guionista Sinistra... Excúsenme, pero veo allá una cara nueva, deliciosa, y que me contempla con agrado. Antes del amanecer le habré cantado ya una sonata a la luz de la luna.

Sonrió Sinistra al alejarse Butler.

—No nos juzguen a los demás por este simpático botarate. ¿Le gusta Los Angeles, señora?

—Mi esposa ya estuvo aquí antes de ahora. Explícaselo al señor Sinistra, Arline.

—Sí... Probé suerte bajo el seudónimo de Lyn Market, pero fracasé.

—¿Dónde teníamos los ojos que no vimos esta perla, Duncan? Y ahora es tarde para ofrecerle una prueba, puesto que su esposo...

Rodney, que a instantes temía emprenderla a puñetazos con el guionista, dijo, con tono festivo:

—Tal vez mi esposa posea dotes histriónicas y sepa fingir admirablemente. Por mí, no he de oponerme a una prueba.

—¿Qué dices, Duncan? Podrías invitar a esta feliz pareja de visitantes a nuestra excursión al desierto de Mohave.

—¿El desierto de Mohave? —fingió meditar Rodney—. Es precisamente uno de los terrenos que quiero estudiar. Si no les hemos de resultar pesados...

—Donde caben ocho, caben diez —sonrió Forester—. ¿Me permite ofrecerle una copa, señora?

Quedaron solos Sinistra y Rodney.

—Debe ser interesante su profesión, Rodney.

—Más la suya, Sinistra. Yo trato de abrirme camino en galerías oscuras, con explosivos. Usted, perfora las almas humanas, que a veces también resultan explosivas.

—Ingeniosa comparación. ¿Le interesa el desierto de Mohave?

—Tengo entendido que hay contrastes dignos de estudio. Pero usted lo sabrá mejor que yo, por cuanto se han decidido a filmar en aquellos contornos arenosos.

—Sí. Y tomé unas fotos para convencer a Forester. Hallé un rincón ideal. Figúrese el tan ansiado y comentado oasis, después de recorrer millas y millas entre dunas de arena. ¿Una copa?

—Sí. Su descripción me ha dado sed.

Sonaban los azucarados compases de la samba del disco puesto por Butler, que invitó a Tessa Brooks.

Rodney bailaba con Ilona Taylor, la estrella, mientras Sinistra lo hacía con Arline. Dijo ésta, al poco de empezar a bailar:

—Me da usted leves puntapiés, Maxim. Para conseguir bailar tan mal debe haber estudiado años.

—No lo crea. Son facultades naturales. ¿Alguna novedad?

—Tengo miedo, Maxim.

—Prometo no volver a patearla.

—Creo que él sospecha.

—No lo parece.

—Ha cambiado esta misma tarde conmigo. Hay algo distinto en él... Tengo miedo, Maxim, porque si él descubre algo, será terrible.

—Aprensiones. Cambie el tema. Hablaremos en otra ocasión. Mañana nos ponemos en marcha, y están invitados.

—¡No quiero seguir así, Maxim! Usted debe...

—Modere sus nervios, Arline. Hablemos de todo, menos de nosotros. Su marido parece divertirse mucho. Le brillan

escandalosamente los ojos. Tendré que recordarle que Ilona es mi actual novia.

La fiesta siguió como tantas otras. Ninguno podía presentir que el viaje que emprendería al día siguiente señalaría el punto final para varias vidas.

Butler tenía la sensación de hallarse ante una muralla, dada la actitud sencilla, pero firme de Tessa Brooks, que, no obstante, acababa de aceptar su invitación a pasear por el jardín.

Entre los floridos parterres, empezó Butler con sus banalidades:

—Por conseguir el privilegio de que me aceptara como fiel asiduo, haría cualquier cosa, Tessa. Ha sido el flechazo.

—¿Haría cualquier cosa, Lon? —inquirió ella, apartándose al intentar él un mayor aproximamiento—. Tal vez le pondré a prueba pronto. Mientras, quiero que sepa que no soy una chica fácil, como tampoco es usted el fatuo conquistador que aparenta.

—¡Caramba! ¿Y cómo adivinó mis muchos talentos?

—Es pronto para decírselo. Pero recuérdelo, Lon... Ni usted ni yo somos lo que aparentamos.

—Ah... Entonces, ¿no es usted una ingenua?

Emitió ella una risa forzada, pero su voz temblaba al decir;

—Iremos al Mohave, Lon. Y dos personas deben morir.

—Exacto. Creo que en el guión de Sinistra hay dos asesinatos muy misteriosos. Pero yo no soy el cadáver, ni usted tampoco.

—Aparenta usted tomarlo a broma, Lon, pero sabe perfectamente que en esta reunión ronda la muerte.

—¿De quién?

—En el desierto se lo diré.

—Los misterios me despepitan, encanto. En *Soga de arena*, soy el tipo duro, el que tiene que ir matando... ¿Le serviré?

—A lo mejor. Podemos intentarlo. He venido a Los Angeles, dispuesta a todo, Lon. Y se lo voy a demostrar. Esta mañana, estuvo usted hablando con dos seres despreciables. Dos indeseables.

—Le advierto que por aquí todos somos poco deseables.

—Se llaman Cornel Chandler y Dago Prescott.

—Dos pájaros raros. ¿Y qué con ellos?

Tessa Brooks sonreía, pero en sus ojos había desamparo.

—¿Si le dijera que en caso de enterarse Dago y Prescott de quién soy yo, harían lo posible por matarme, qué me contestaría usted?

Era patética la expresión de la muchacha, y Butler contestó:

—Le diría, de todo corazón, que estando yo cerca de usted, nada tiene que temer de estos dos pájaros, si es que rondan por su alrededor.

—Gracias. Seré más explícita si el caso llega. Mientras, ¿puedo confiar en usted?

—No.

—¿Cómo...?

—Quiero decir que de noche, a solas y entre flores, no se fíe de mí, porque me atrae horrores.

—Entonces, vámonos dentro... y gracias, Lon. Quiero que seamos buenos amigos.

Lon Butler siguió diciendo necedades, pero su cerebro buscaba el hilo de conexión entre Chandler, Prescott y aquella adorable ingenua.

CAPÍTULO VII

Eran las cuatro de la madrugada, cuando Butler, que hacía apenas media hora que estaba durmiendo, agarró malhumorado el teléfono que repiqueteaba insistentemente en la mesita de noche.

—Caray... No es hora de molestar...

—Vístase. Dentro de cinco minutos esté en la calle. En la manzana trece, un «Pontiac» le espera. Métase dentro, y averigüe si le siguen.

Era el tono autoritario y duro de La Voz.

—Voy, jefe —afirmó Butler, colgando y saltando de la cama.

En cinco minutos llegó donde aguardaba un coche «Pontiac». Una mano empujó desde el volante la portezuela y Butler entró, sentándose.

—Nadie me sigue. ¿Dónde vamos, Fred?

—Al aeropuerto. A las cinco tienes que recibir instrucciones. A las seis y media tienes que estar de nuevo en la cama del hotel. Dormirás en el avión.

A las cinco, Butler entraba en la sala donde el altavoz manifestó:

—Lamento haberle privado del reposo que tan bien le sienta a su físico, Butler. Para hablarle en términos cineastas, pasa usted a primer plano, y va a saber lo que ignora el mismo Rodney.

Rectificó Butler el nudo de su corbata. La Voz prosiguió:

—Rodney puede fallar, y Kirby también. Usted no debe ni puede fallar, Butler, porque si tropieza, miles de vidas estarán en peligro.

—Ya me habló el inspector Rodney de miles de vidas...

—¿Y de nada más?

—Bien... Lo de siempre. No hay mejor cabecilla que el inspector, y me agrada estar a sus órdenes.

—Escuche, Butler. Mis hombres no deben ni pueden ser blandos.

—Creo que nadie podrá tildarme de blanduras, cuando es preciso actuar. Privadamente, no sé, pero en mis misiones...

—Por favor, no mienta, Butler —y La Voz no tenía aspereza, sino algo casi parecido a amabilidad.

—Oiga, jefe, yo... Bueno, usted tiene la palabra.

—En su habitación, mientras usted galopaba tras diversas *go-gós*, Fred colocó un micro conectado con mi registrador. ¿Le repito la emocionante y tierna escena en la que usted y el papanatas de Kirby lloraban a moco tendido, pretendiendo evitar que el inspector Rodney supiera que ha traicionado a la BIS?

Butler miró agresivamente el altavoz, abrió la boca, y con visible esfuerzo la cerró con golpe seco de mandíbulas.

—Hable, Butler. Diga lo que piensa.

—Pues ya que me invita, le diré que me gustaría mucho poderle ver la cara.

—La tengo escondida para evitar que a veces sientan mis subordinados la tentación de rompérmela. Ustedes son de mi brigada, llamada de choque, porque cuando pegan, se ponen furiosos. Yo soy la inteligencia directora, y no puedo permitirme debilidades, ni sentirme misericordioso con los errores ajenos.

—¡El inspector Rodney no ha traicionado!

—Pero por su enfermedad, o como se llame, de hablar durmiendo, han muerto dos muchachos míos, como usted y Kirby. Iguales a ustedes. Duros en apariencia, y unos sentimentales de fondo. ¡No quiero sentimentalismos, Butler! Rodney ignorará lo que estamos hablando, porque debe seguir en su sitio, con su esposa al lado. Apruebo su plan... Pero ahora es usted quien lleva el peso de toda la responsabilidad. ¿Comprendido?

—Perfectamente.

—Hace tiempo que empecé a sospechar de uno de los tres: Kirby, Rodney o usted. Usted ganaba en mi preferente sospecha.

—Gracias por el trato de favor.

—No hay de qué. Al grano. Para esto hice instalar micros en su habitación y en la de Rodney. Pasemos a esto de las miles de vidas en peligro. Supongo que conoce el fundamento de la atómica.

—Lo que todos saben, en términos generales. En su composición hay uranio, plutonio y el átomo se disgrega. No sé más.

—Va a oír un secreto máximo en todos sus aspectos. Yo mismo sólo sé la línea esquemática. En un laboratorio especial, hay tres científicos, un norteamericano, un ruso y un alemán. Trabajan en algo muy esperanzador. Poder destruir desde lejos toda potencia atómica de los arsenales mundiales, sin peligro para la humanidad. Pero sus investigaciones, en manos inhábiles o enemigas, supondrían la aniquilación de la humanidad, o en el caso mejor, la supresión de miles de vidas. Y este laboratorio que puede suponer el hallazgo de la liberación de la pesadilla humana, este laboratorio del que hasta ahora nadie había sospechado siquiera la existencia..., está en el desierto de Mohave.

—Empiezo a comprender, jefe.

—Maxim Sinistra, con el pretexto de tomar fotos de exteriores para *Soga de arena*, ha fotografiado precisamente el oasis del Molino Abandonado. Supo que no fue visto, hasta que, torpemente, Kirby y Rodney se hicieron demasiado evidentes en el registro de su piso. Diga.

—Puedo suprimir a Sinistra, y muerto el perro, se acabó la rabia.

—Ya sé que arde en deseos, al igual que Kirby, de terminar con Sinistra. Esto no interesa por el momento. ¿Qué es lo que exactamente sabe Sinistra? ¿Quién le informó que en el Molino Abandonado y en mina abierta debajo del oasis, hay tres científicos, trabajando con el mismo plutonio que extraen del yacimiento que allí se encontró? ¿Por qué van a filmar unos exteriores en el Molino Abandonado? ¿De los que componen la expedición que hoy por la mañana se pondrá en camino hacia el Molino Abandonado, quiénes actúan con Sinistra? ¿O éste actúa solo? Todos estos interrogatorios son los que usted me ha de contestar pronto, Butler.

—Lo intentaré.

—Hay más. ¿Qué hacen Chandler y Prescott escondidos en las cercanías del oasis, en una choza de antiguos mineros? Es de sumo interés que los científicos sigan trabajando en la mina abierta bajo el Molino Abandonado. Y cuantos sean cómplices de Sinistra han de caer en la redada. Uno solo que escape, y la investigación que van perfeccionando los tres científicos encerrados en la mina del Molino Abandonado pasaría a manos de alguna potencia o grupo financiero. ¿Cuál? ¿Para quién trabaja Sinistra? No lo sabemos. Usted ha de averiguarlo.

—Haré cuanto pueda, pero si me eliminan antes de que yo, llegue al final del laberinto, ¿no sería conveniente que uno esté informado y me releve si caigo definitivamente? Por ejemplo, Doug Kirby.

—Ya me ocuparé de este detalle. Usted ocúpese de no caer. Los tiene bien convencidos de que es usted un Judas. Siga así.

—Sinistra es agudo. Puede olerme.

—Corra el riesgo. De momento, usted es para Sinistra, Chandler y Prescott, un auxiliar. Puede acabar de ganarse la confianza de ellos, con un acto decisivo.

—¿Cuál?

—Matar a Rodney.

Tragó Butler saliva. Luego respingó, silabeando:

—Oiga, ¡usted está loco, jefe!

—En cuanto tenga ocasión, dígle a Sinistra que ha averiguado que el inspector Rodney tiene sumo interés en el Molino Abandonado y que ha dejado entrever la posibilidad de avisar al departamento BIS de Los Angeles para que monten vigilancia. Sugiera la facilidad de crear un accidente en el que perezca Rodney. Ofrézcase para liquidarlo a tiros y arrojar su cadáver en alguno de los muchos hoyos que se cubren de arena al menor soplo de viento. Cargue su pistola con cartuchos sin plomo. Esta prueba acabará de convencer a Sinistra de su lealtad. Propóngaselo a Rodney, y si es

preciso, le revela que yo conozco su caso. Ellos no eliminarían a Rodney, porque le interesa a Sinistra que Rodney siga soñando para ser oído por Arline.

—Entonces, no querrá que yo lo elimine.

—Pero usted habrá dado la máxima prueba de buena fe.

—Comprendido, jefe.

—Tenga bien presente que Sinistra va al oasis decidido a terminar el asunto. Podrán caer muchos inocentes, pero Sinistra tratará de penetrar en la mina y llevarse el secreto, desapareciendo para siempre Sinistra, que ya cumplida su misión de espionaje y sabedor de que le seguiremos los pasos, tendrá prisa por terminar.

—Comprendido. Hablando de inocentes, ¿por casualidad, usted que pone micros por todos los sitios y se sabe millares de fichas de memoria, puede decirme quién es Tessa Brooks?

—Todas las personas que esta noche han estado en la fiesta dada por Forester han sido ya disecadas. Los dos operadores, O'Grady y Mac Gregor, así como Forester, parecen completamente ajenos a los planes de Sinistra. No obstante, no se confíe.

—Seguro que no, jefe. Usted mismo nos ordena siempre que supongamos a todo el mundo sospechoso, mientras no se demuestre lo contrario.

—Ilona Taylor es una necia, incapaz de resistir el peso de un secreto. Por lo tanto, nada sabe. Fel Sunder, la taquígrafa elegida por Sinistra, que irá de *script-girl* al oasis, se llama Felice Sunderman, y es austríaca de nacimiento. Vigílela o enamórela, si puede.

—No es mi tipo.

—Al grano. Queda Tessa Brooks. Su verdadero nombre es Elisabeth Terabrooke.

—¿Terabrooke? Me suena.

—Chandler y Prescott con Smart, fueron los que mataron a los esposos Terabrooke. Nada se les pudo demostrar, pero existe la certeza moral. No basta para llevar a los asesinos a la silla eléctrica. Elisabeth Terabrooke estaba por entonces estudiando en Europa. Es hija de los asesinados.

—Ahora comprendo...

—Supongo que busca la pista de Chandler y Prescott. Pero su venganza privada no debe interponerse en nuestro trabajo. ¿Me entiende bien, Butler? ¿Sabe por qué murieron los esposos Terabrooke?

—No. La Prensa dijo que habían sido desvalijados.

—La Prensa dijo lo que quisimos que dijera. Los esposos Terabrooke eran dos diplomados en Ciencias Físicas, y habían hecho algunas investigaciones acerca de un elemento destructor de

la potencia atómica. Murieron torturados, pero no dijeron una sola palabra.

—¿Y esto cómo puede saberse?

—La autopsia reveló que la verdadera causa de la muerte no fueron las atrocidades que con ellos cometieron los tres asesinos, sino cianuro de potasio, que ellos mismos habían ingerido para no hablar. ¿Tiene idea ya de cuánto ha sucedido y ahora podrá suceder en el oasis del Molino Abandonado?

—Tengo idea. Y mataré con sumo placer a estos tres canallas llamados Sinistra, Chandler y Prescott.

—Indudablemente fue Sinistra quien envió a los otros a torturar a los esposos Terabrooke. Recuerde que no puede matar, hasta no saber de cuántos elementos se compone la banda de Sinistra.

—Lo recordaré.

—Y ahora, por último, hablemos de sentimientos. Usted acertó al asegurarle a Rodney que Arline le quiere. Entonces, nos preguntamos por qué ella, si le quiere, le traiciona. Desde las ocho de la tarde, hora en que mi registrador me informó de la anormalidad por la cual inconscientemente nos traicionaba Rodney, hasta hace apenas media hora, doce sabuesos han buceado en todos los detalles concernientes al pasado de Arline. Perdió, a temprana edad, a sus padres, y su hermano, el único que tiene, un buen periodista, hizo para ella de padre.

—Nunca supo Rodney que ella tenía un hermano.

—El periodista, cuando ella, como Lyn Market, probaba suerte en Los Angeles, quiso también intentar suerte en un reportaje peligroso. No se ha sabido nada más de él. Su última noticia la dio enviando un cable a su hermana, a Los Angeles, desde la frontera austríaca. Después, su pista se perdió y entonces conoció Sinistra a Lyn Market, o sea, a Arline, y ella llegó a San Francisco, apareció ante Rodney, lo enamoró, y saque usted sus consecuencias.

—No veo qué consecuencias sacar.

—Mi teoría, respaldada por el informe de otro periodista que escapó de milagro al internarse en zona yugoslava, es que Robert Perry, el hermano de Arline, está preso en algún lugar de Europa.

—Sinistra lo sabe y explota a Arline con chantaje. Muerte para su querido hermano, si ella no le ayuda.

—Así supongo que ocurre. Puede ya prepararse para preguntarme, si he dejado algo poco claro.

—No, jefe. Todo lo veo perfectamente, y procuraré terminar pronto.

—Dígale a Kirby que sospechar de mí es llevar demasiado lejos la sospecha.

—Nadie está por encima de sospecha. Y menos usted, jefe, cuyo

rostro nos es desconocido.

—Tal vez me presente a usted en el oasis, o tal vez formé parte de los que ayer estaban en la fiesta de Duncan Forester.

—Ya. Y tal vez yo sea Napoleón. ¿No le parecen ya bastantes misterios los que tengo entre cejas, jefe?

—Se los he aclarado todos, menos uno. Yo estaba cerca de usted esta misma noche en la fiesta.

—Usted dijo que el registrador le señaló... Y me llama por avión, y me...

—El registrador imprime cilindros que luego escucho. Tuve que volver aquí media hora antes que usted, apenas anoche a las ocho, supe cuanto allá sucedía, y allá fui. Todo esto se lo hago saber para que le conforte la idea de que en el grupo expedicionario voy yo. No le puedo revelar mi personalidad, porque por más actor que sea usted, la revelación de mi personalidad le dejaría algo alelado. Buena suerte, Butler.

—Buena suerte, sí, eso es —repitió maquinalmente Butler, mientras abandonaba la estancia.

Ya en el avión, seguía preguntándose: ¿La Voz era Forester? No, porque éste era director de cine desde veinte años antes, y no se había movido de Los Angeles.

¿Los operadores Mac Gregor, O'Grady? Dejó de pensar porque el sueño le venció.

A las siete de la mañana rezongó en la cama del hotel porque el despertador martilleaba con insistencia.

Para evitar los calores, la primera etapa del viaje al oasis del Molino Abandonado, tendría lugar arrancando los coches a las ocho en punto.

Descansarían bajo toldos de lona en las arenas del desierto de Mohave, a las once de la mañana, y reemprenderían el resto del viaje, a las cinco de la tarde.

Se duchó permaneciendo bajo el chorro largo tiempo. Ponía en orden sus pensamientos y creía haberlo solucionado todo, menos un punto.

¿Cuál de los componentes de la expedición era La Voz?

Cuando a las ocho menos cuarto desayunaba, apareció Rodney seguido por Arline.

Rodney se mostraba jovial, y aunque Arline procuraba imitarle, veíase que un oscuro temor inundaba sus pupilas.

Expuso Rodney;

—Para evitar reporteros indiscretos, el director ha decidido reunirnos a todos en la carretera de Pasadena, milla doce. Su cacharro nos viene magnífico, Butler.

Al volante, Butler llevaba impreso en la mente el «reparto» de

personajes y sus posibles relaciones.

Un reparto para una pantalla siniestra.

Lo había calibrado del siguiente modo:

Primer coche y remolque: Maxim Sinistra.

Ilna Taylor, la actriz, novia de Sinistra desde tres meses antes. Totalmente inofensiva donde la inteligencia tuviera que funcionar. No poseía más que sus atractivos y la natural astucia femenina para engatusar a los hombres.

Duncan Forester. Posible La Voz. Imposible cómplice de Sinistra.

Tessa Brooks. Dispuesta a vengar la horrible muerte de sus padres.

Segundo coche y remolque: Víctor O'Grady. Posible La Voz. Posible cómplice de Sinistra.

Operador Liam Mac Gregor. Ambas posibilidades.

Fel Sunder. Austríaca. Miraba con ojos amorosos a Sinistra.

Camión: Alan Monty, el galán. Imposible cómplice y menos aún La Voz, porque era un borrachín empedernido. Rehuía la compañía de todos, y por esto quiso conducir solo el camión.

Y pensaba Butler que, no obstante, entre aquellos ocho personajes estaba La Voz, su jefe.

En el primer alto, la caravana de los tres coches con los dos remolques y el camión se detuvo bajo un conjunto de gigantescos cactus.

Todo en derredor era arena y desolación.

Duncan Forester, mientras tomaban un refrigerio de la gran nevera empotrada en el camión, manifestó:

—Sólo vamos a tomar vistas y alguna escena, más que nada para prueba de la señorita Brooks. Si como afirma Max, el ambiente es tétrico y lóbrego a gusto, y las cámaras captan buenos encuadres, entonces empezará la labor en serio.

Miró con fastidio a Alan Monty, que sentado en el estribo del camión y apartado de los demás, vaciaba un frasco.

—Si no fuera por su perfil y su anatomía, te juro, Max, que lo despedía.

—¿Por qué? Es un borrachín, pero ante la cámara se porta bien.

—Fíjate bien en lo que te digo, Max. Este tipo nos va a dar un disgusto el día menos pensado. ¿De qué se ríe, Butler?

Con su aire atolondrado, replicó Butler:

—De nada. Me estaba contando un chiste que no sabía, jefe.

No podía decir que la situación le parecía netamente irónica, pero también trágica.

El director Forester, amistosamente enlazando por el brazo a un tortuoso asesino, temía «un disgusto» procedente de quien menos podía darlo.

En el momento en que todos regresaban a sus coches, manifestó Sinistra:

—Cuiden los nervios, familia. Les advierto que a partir de ahora el desierto oprime como una losa invisible. No sé si por los muchos esqueletos de buscadores y mineros que están enterrados bajo la arena, pero el caso es que flota una amenaza en el aire, y llega a filtrarse en el alma. No, no son hipersensibilidades de escritor imaginativo. Ya lo verán apenas lleguemos al Molino Abandonado.

CAPÍTULO VIII

El Mohave semejaba un mar de espesas olas arenosas, blancas, deslumbrantes, que a la sombra del crepúsculo adquiría movilidad.

La ruta trazada se confundía muchas veces con el resto, y las ruedas crujían sobre la gruesa arena, mientras la más fina revoloteaba al menor soplo de brisa.

Alentaba una trágica desolación en aquel páramo desértico, y cuando los faros de los coches agujerearon las tinieblas, aumentó el denso ambiente tétrico.

Las sombras parecían fantasmales y los remolinos blanquecinos que las ruedas levantaban parecían jirones de flotante niebla.

La noche cayó, mereciendo la gráfica expresión de manto negro. A veinte metros no había visibilidad alguna, y los coches parecían avanzar entre muros opacos.

Frenó bruscamente Butler porque el remolque que le precedía arrastrado por el coche conducido por el jefe de operadores O'Grady, acababa de detenerse repentinamente.

Una luz oscilante se acercó, y Foresten, portando la potente linterna, se acodó en la ventanilla.

—Max ha perdido la orientación. Hemos decidido no exponernos a un extravío. Haremos alto aquí mismo. Las señoras dormirán en un remolque, y los hombres se las compondrán lo mejor que puedan, sorteándose las literas del otro remolque. La acompaño, señora Rodney.

—Hasta mañana, Chester —se despidió ella, descendiendo.

La linterna fue alejándose, así como la silueta de Arline.

Murmuró Rodney:

—Es odiosa la obsesión que me está destrozando, Lon. Tengo que sobreponerme y pensar que tengo una misión que cumplir, porque de lo contrario, ahora mismo los mataría a ellos dos. A ella y a Sinistra.

—Cálmese, jefe. Estamos cerca del desenlace. Verá como cuando se aclare todo, usted perdonará a Arline porque la pobre... ¡Ojo! Viene Sinistra.

El guionista se acercaba esgrimiendo otra linterna.

—Las cuatro damas están ya en el remolque, y casi diría que asustadas. Nada impresiona tanto como la soledad. He perdido contra Forester. Él tiene litera. Yo tendré que dormir en mi coche. O'Grady ha perdido también contra Mac Gregor. Quedan dos literas.

Deben jugárselas ustedes dos, y el que pierda, contra O'Grady. Vengan allá, que tiene los dados O'Grady.

En las literas quedaron acomodados Forester, Mac Gregor, Rodney y O'Grady. Sinistra se tendió en su coche, y Butler se dirigió al camión.

Alan Monty, el galán-esponja, como le llamaban en los círculos cineastas, parecía meditar apoyado en su volante. En realidad, estaba totalmente ebrio.

Miró al que acababa de entrar, instalándose junto a él.

—Hola —silabeó cavernosamente.

Era un tipo pintoresco. Guapo, fuerte, demasiado mimado, había adquirido una aguda melancolía, enfermiza.

Ante la cámara, no había mejor actor para representar la jovialidad, la alegría y la sociabilidad.

—Estoy algo chispa, ¿sabes, Butler? Y ya que te has metido aquí, dime, ¿hace algún tiempo no le partiste la boca a Sinistra?

—Sí. Pero lo ha olvidado completamente, y ni siquiera lo menciona. Estábamos los dos bebidos.

—Mala cosa el alcohol... Cuando se toma mal. ¿Un trago, Butler?

—Venga. Este escenario deprime y conviene remontarse el ánimo.

Mientras bebía, oyó a Monty decirle:

—Tú hazme caso, Butler. Vamos derecho al fracaso.

—¿Qué fracaso?

—El guión de Sinistra es estúpido. Líos de espías que se pierden en el desierto y entablan una lucha a muerte en el oasis. A ti mismo te ha tocado el papel de pistolero. ¿Captas la onda? ¡Tú, de pistolero! ¿Sabes siquiera por dónde se coge una pistola?

—Me he visto toda la serie de *El Virginiano*, y siempre las agarran por la culata.

—Menos mal. Así sobrevivirás. ¿Y qué orden de escenas te han dado?

—La primera, me asomo al oasis mirando hacia atrás con temor, porque me persiguen. Veo un rostro en el molino, y disparo. Cae la chica, que queda colgada del aspa. Y entonces te asomas tú y nos liamos a puñetazos.

—Perra vida la nuestra, Lon. Mira que liarme yo a puñetazos contigo, que eres el único de esta pandilla con el que congenio. Porque hazme caso, Lon, te estropearán como me han estropeado para los restos. Ya ves, tengo veintiocho años y aparento cuarenta, sin maquillar. ¿Quién es la chica a la que le sueltas el tiro?

—Creo que probarán con la esposa del ingeniero de minas. Pero el papel es para Tessa Brooks.

—Bueno, hablas demasiado, Butler. Lárgate. Puedes albergarte atrás. Con las cestas de vestidos estarás blando. Anda, ya me has dado bastante tostón. Tengo sueño.

—Y yo. Hasta mañana, Monty.

—Mañana, mañana... ¿Quién sabe si habrá un mañana?

Dio Butler la vuelta al camión, saltando hacia arriba, para agarrarse al borde de la caja posterior y en contracción penetrar al interior.

La caja era larga y ocupada por diversos bagajes, cajas, lonas, cestas y la nevera.

Buscó sitio cómodo Butler, y cuando se tendía sobre unas lonas, un sexto instinto le advirtió que la respiración que oía no procedía de sus pulmones ni de los de Monty, aislado en la cabina.

Un petromax colgaba dentro y a su difusa luz, Butler recorrió con la vista el conjunto de bultos.

Una de las alargadas cestas de mimbre fue moviéndose al alzarse lentamente la tapa, y una mano se mostró enseñando en el aire los dos dedos, índice y mayor cruzados.

Reconoció Butler la señal convenida para los componentes de su sección.

Asomaba el busto Douglas Kirby. Se deslizó Butler hasta sentarse contra la cesta, que quedaba en el rincón opuesto a la cabina. Su cabeza rozó la de Kirby. Murmuró:

—Conque de polizón, ¿eh?

—¡Hombre, no, a ver qué vida! ¿Iba yo a quedarme ocioso allá en la ciudad mientras vosotros acudíais aquí al tomate?

—¿Qué tomate?

—No te hagas el tonto. Vais al oasis y os lleva Sinistra, ¿no? Pues no os llevará sin un fin premeditado. Además, me dijiste que por allí aparecerán Chandler y Prescott y les tengo que pasar una factura.

—Si te pillan los cineastas aquí dentro...

—Diré que no pude resistir a mi curiosidad, y que la vocación artística me impulsó a camuflarme.

De pronto, Butler miró recelosamente a Kirby.

—Oye, Doug... El mundo es un vasto teatro, donde todos hacemos nuestra comedia.

—Esto ya me lo dijo mi nodriza. ¿Y por qué te pones tan irónico para soltarme esta majadería?

—Más comediantes que los que vamos de pandilla ahora, sería difícil reunirnos. ¿Por casualidad no serías tú La Voz?

—¿Eh? ¿Yo? ¡Hombre, no! ¿Estás beodo, Lon?

—Mira, Doug, te aprecio, ¿sabes?, pero si luego te asomas haciéndote el listo y diciéndome que eres La Voz, te vas a quedar

sin ella, porque te estrangulo.

—Vaya idea más peregrina que se te ha ocurrido. Si fuera yo el jefe, ¿iba a viajar metido en una cesta y a recibir palizas?

—Sé que el jefe es uno de nosotros.

—No me digas —canturreó zumbonamente Kirby—. Mira, déjame dormir, que vengo con los huesos molidos.

—A dormir, pues.

El amanecer fue diluyendo las tinieblas, y de cada alcoba provisional fueron saliendo sus ocupantes.

Junto a la ventana del remolque ocupado por las cuatro mujeres, gritó Forester:

—¡Sigan durmiendo, Evas! Las despertaremos cuando demos vista al paraíso prometido.

Reanudaron la marcha. Dos horas después se hizo súbitamente visible el oasis, tras coronar un montículo arenoso.

El oasis era amplio, verdeaba como un milagro de vegetación, surgiendo del páramo.

Formaba una elipse de unos doscientos metros de largo teniendo en su centro un viejo molino, de aspas carcomidas, y a los dos extremos dos caserones medio en ruinas.

Un pozo de ancho brocal tenía su piedra recubierta de musgo.

Comentó O'Grady:

—¡Fenomenal! Fondo y primer plano asegurados de sensación.

Al volante, Butler contemplaba a Rodney dormido.

—Jefe... Hemos llegado.

Los coches se habían detenido definitivamente junto al caserón del extremo sur, formando círculo. Castaños y arbustos aromáticos daban gratas sombras.

Empezó a explicar Forester:

—Dicen los geólogos que este mar de arena fue antes mar de verdad, y esto puede...

Se interrumpió porque del remolque ocupado por las cuatro mujeres surgió un grito agudo.

La escultural y rubia Ilona Taylor franqueó de un salto los dos peldaños.

Vestía tan sólo un flotante peinador de gasa, pero los hombres, ya hastiados de desnudeces, salvo Butler, no se fijaron en lo que revelaba el vaporoso tejido, sino en la expresión de terror de los grandes ojos azules de la estrella.

Ironizó Sinistra;

—¿Qué sucede, Ilona? ¿Un ratón?

Ella se detuvo ante el grupo de hombres. Trataba de recobrar su respiración jadeante por la carrera.

Se abrazó a Forester, gimiendo algo en su oído. El director

preguntó:

—¿Dónde está el ingeniero?

—Duerme. Está cansado —dijo Butler—. Pero, ¿qué pasa, rayos?

—Impida que venga él, Butler. Se lo ruego. Hasta que aclaremos si Ilona no ha visto visiones. Dice... dice que la señora Rodney está muerta.

—¿Muerta? —balbució Butler, atónito.

Replicó Forester, enojado:

—Serán alucinaciones. ¿Quién de nosotros iba a...? Vamos allá, Ilona, y te juro que como sea otro de tus cuentos de neurótica, te cancelo el contrato.

Corrieron hacia el remolque, donde fuera esperaban Tessa Brooks y Fel Sunder.

El primero en llegar fue Butler.

Y contempló a Arline, de cuya garganta, la sangre seguía manando de un gran corte horizontal.

Para verlo había tenido que darle la vuelta, porque parecía dormir de cara al tabique.

Volvió a salir, empujando a los pasmados espectadores de aquella muerte reduciendo a la nada una hermosa mujer.

Butler sentóse de nuevo tras el volante de su coche alquilado.

Rodney seguía durmiendo. Las dos noches anteriores las había pasado en vela.

Butler empujó con el codo el costado del durmiente. Instantáneamente, Rodney abrió los ojos, en rápida mirada circular.

—Hemos llegado —comentó—. Este es el oasis.

—No tome a mal que le recuerde, jefe, que antes que todo está la misión que hemos de cumplir.

—¿A qué viene esto, Lon?

—Traigo una mala noticia. Tiene que jurarme que sabrá dominarse, y esperar hasta que...

—¿Qué pasa, Lon?

—Arline. Un accidente. Por favor, olvide que es su mujer. Piense sólo que de un mal paso nuestro se perderán...

Rodney hizo con la mano un gesto tajante, imperioso.

—No soy un chiquillo, Butler. ¿Qué le ha ocurrido a Arline?

—Está muerta.

Rodney hizo dos ademanes extraños. Se llevó la mano a la garganta como si se ahogara, y después rió silenciosamente.

Observándole de reojo, Butler se sintió molesto. Hubiese preferido que los nervios de Rodney estallasen.

—Es curioso, Lon. He soñado que yo, con mis propias manos, la estrangulaba. Ella es fuerte. No sufre enfermedad ninguna.

—La han degollado.

—¿Quién?

—Por ahora no se sabe. Vayamos al remolque, jefe.

Dócilmente, se apeó Rodney. Rechazó el apoyo que le ofrecía Butler.

—Me he tambaleado, porque he dormido toda la noche con las piernas encogidas. Bien... Ella ha muerto, y al fin y al cabo, hubiese muerto pronto. Alguien me ha ahorrado ser su verdugo..., pero este alguien lo pagará caro.

En el remolque se quedó a solas con el cadáver. Permaneció unos minutos abrazado al cuerpo frío de la que durante tres meses le había dado tibieza de amor y hogar.

Cuando salió, brillaban intensamente sus pupilas y su rostro parecía tallado en granito.

—Somos diez, incluyéndome a mí. Uno de los diez la ha matado, y morirá. No hay juez ni policías en este oasis. Pero puede aclararse este crimen. Usted, Butler, sirva de interrogador. Cada uno de nosotros debe demostrar que no pudo ser el asesino. ¡Empiece, Butler!

CAPÍTULO IX

Avanzó Víctor O'Grady. Dijo con sencillez:

—Me apena el doloroso trance por el que está pasando, Rodney. Empezaré yo por declarar lo que saben todos mis compañeros de trabajo. Sufro insomnio, y cualquier ruido, por leve que sea, me despierta. Garantizo que ninguno de los que estábamos en el remolque se movió. Por tanto, Mac Gregor y Forester quedan, como yo, eliminados de toda sospecha, aunque yo creo que lo que deberíamos hacer es regresar a la ciudad y poner el asunto en manos competentes y legales.

Alan Monty avanzó para especificar:

—No hace falta la policía. Esto se descubrirá. Yo dormí en el camión y Butler puede atestiguarlo.

Intervino Rodney secamente:

—Descartemos a las tres mujeres. Pese a estar junto a mi esposa, ninguna de ellas tenía motivos para proceder así. Además, es herida que no proviene de mano femenina. Es brutal y efectuada por mano masculina. ¿Dónde durmió usted, Sinistra?

—En mi coche. Yo perdí y no ocupé litera. Pero ahora recuerdo, Rodney, que usted ganó y le tocaba, por lo tanto, dormir en el remolque. ¿Cómo es que no le ha mencionado O'Grady en su exculpación?

O'Grady expuso, molesto:

—Cuando cerramos la luz, se levantó Rodney diciendo que le molestaba dormir acompañado. Se marchó y no volvió en toda la noche.

Afirmó Rodney;

—Dormí en el coche de Butler. Por consiguiente, somos cuatro los que no podemos justificarnos. Butler y Monty, porque la coartada entre dos no sirve. Sinistra y yo. Nadie se ofenda, por cuanto también me influyo. Reflexionemos con calma. Para matar a mi esposa, el asesino tuvo que entrar en el remolque.

—O disponer de un cómplice dentro del remolque —atajó Sinistra—. Estamos en el terreno de las teorías y todas son aceptables.

—Así no llegaremos a ninguna solución —dijo O'Grady—. Propongo que dos de nosotros vayan a buscar a la policía. Son ocho horas de camino, más ocho de vuelta.

—¿Por qué han de ir dos? —preguntó Rodney.

—Porque conducir ocho horas fatiga y más a pleno sol, en este desierto. Podemos ir a Mac Gregor y yo —ofreció O'Grady.

—Vayan —aceptó Rodney—. Lo más aprisa que puedan.

Los dos operadores se marcharon a la señal de asentimiento del director.

En la pausa de silencio se oyó el ruido del motor alejándose.

Comentó Sinistra:

—No conduce a nada continuar con interrogatorios de aficionados. Además, y si se me tolera la sugerencia, estimo que Rodney se toma muy serenamente su desgracia. Más que erigirse en juez, debería quizá convencernos de que no...

—¡Calla, Max! —intervino de pronto Ilona Taylor—. No agraves nuestra tensión con tus imaginaciones... ¡Quiero irme de aquí!

—Imposible. Ahora debemos todos aguardar aquí... —dijo Forester—. Propongo que las tres vuelvan al remolque.

—¡No! —volvió a chillar Ilona Taylor.

—Quise decir que se instalen las tres en nuestro remolque. No sirve de nada estar aquí fuera mirándonos todos con recelo.

Las tres mujeres desaparecieron al interior del remolque señalado por Forester.

Alan Monty agitó su frasco vacío:

—Me vuelvo al camión. Allí estoy, por si me necesitan.

Forester miró hacia el molino.

—Iré a estudiar el interior por si puede servir. Hay que distraerse en algo. Si seguimos así, alguien cometerá una estupidez. Por favor, Lon, usted que es amigo de Rodney, ruéguele que tenga serenidad.

Rodney penetró otra vez en el remolque donde yacía Arline.

Butler quedó a solas con Sinistra.

—Podemos ir a inspeccionar aquel caserón, Butler. Como dice Forester, cualquier cosa menos permanecer quietos.

Distaban veinte pasos del caserón norte, cuando añadió el guionista:

—Disponemos por lo corto de doce horas antes que vuelvan con la policía. Y hay que trabajar pronto, pero bien. En el caserón están Chandler y Prescott.

—Vaya... ¿Liquidaron ellos a la dama?

—Fui yo. Estaba ella nerviosa, y podía haber cometido alguna necedad, incluyendo la de liquidarme a mí. Leí ayer noche una amenaza en sus ojos. Una mujer histérica es capaz de todo.

—Ha armado usted un revuelo —dijo Butler, dificultosamente.

Sus manos se crispaban ansiosas de ir exprimiendo la vida del escritor como si fuera un limón malsano.

—Ya todo da igual, Butler. La BIS sabe que estoy aquí. Creerán

que Rodney podrá evitar lo que yo pretendo conseguir. Además, no seamos ilusos y pensemos que la BIS forzosamente ha de tener a algún hombre vigilando a los tres sabios.

—¿Qué tres sabios?

Estaban ya ante el caserón. La puerta se abrió, y Chandler y Prescott retrocedieron.

Sinistra fue a sentarse en un camastro carcomido.

—Bajo este mismo suelo hay una galería de mina. Tiene forzosamente una entrada. Hay que dar con ella. Los cuatro tenemos que meternos en la mina apenas oscurezca. Parece fácil y es muy difícil. Es preciso eliminar a los que seguramente estarán vigilando como topos metidos en el laboratorio. Pero no pueden sufrir daño alguno los tres sabios. Han de venir ellos con nosotros hasta el puerto donde tengo la lancha rápida. Hemos de recoger también todo el material que yo indique. Nos largaremos en el camión.

Dijo Prescott:

—La BIS sabe que está usted aquí, patrón.

—Sí. Y me puso a Rodney de centinela. Pero Rodney ha de desaparecer antes de que oscurezca. De cualquiera de nosotros tres desconfiaría. De usted, no, Butler.

—De acuerdo. Pero, ¿qué salgo yo ganando en todo esto? ¡Adiós mi papel en la película!

—Cuando lleguemos a bordo cobrará usted cien mil dólares. Podrá ser su propio director, si se le antoja.

—Puesto así, cuente conmigo.

—¿Cuál puede ser la lógica entrada a la mina?

—Yo miraría dentro del molino, después de haber tanteado el suelo de los dos caserones. Y también los troncos de árbol.

—Tres buenas ideas, Butler. Dedíquese a comprobar si los troncos tienen todos su relleno natural. Vosotros dos empezad con este caserón. Yo iré a explorar el molino.

—Oiga, patrón —dijo Butler—. ¿Hay inconveniente en que para disimular me pasee por el oasis con la ingenua Tessa?

—Ninguno. Así parecerá más natural su paseo entre los árboles.

Dirigióse Butler al remolque ocupado por las tres mujeres.

Y de pronto volvió a pensar en La Voz. ¿Por qué no podía ser una de aquellas tres mujeres?

Fraulein Doktor, con veintidós años y expresión también ingenua, fue en la guerra del catorce la suprema jefatura del agresivo y duro servicio alemán de contraespionaje.

¿Teresa Brooks? Podía ser por venganza, y era hija de científicos.

¿Fel Sunder? No. Estaba constantemente en los estudios, porque

a cualquier hora del día o de la noche, según la inspiración de los escritores, podía ser llamada.

¿Ilona Taylor? Parecía escasamente inteligente. Pero también él daba esta impresión.

Llamó a la puerta del remolque, y le fue abierta por Fel Sunder.

—Hola, preciosidades. Nada de lloriqueos. Es cosa triste, pero ninguna de vosotras tiene la culpa. Llorar no resucitó a nadie. No te conviene excitarte, Ilona. Estropea la tersura de tu tez de melocotón. Oiga, Tessa, ¿qué tal un paseo por el oasis? Le contaré cosas bonitas que le gustarán horrores. ¿Soy o no soy un gran narrador de cuentos de hadas con príncipe y boda, Ilona?

Ilona Taylor se encogió de hombros, mientras Tessa se levantaba.

—Hasta luego, chicas —sonrió Butler—. Vendré luego a jugar una partidita de póquer para distraeros. En consideración a lo ocurrido, permitiré las trampas. Siempre dije que jugar limpio con mujeres a las cartas era estúpido.

—¡Oh, calla ya, estúpido! —gimió Ilona—. ¡Vete, que me das dentera! ¿Cómo es posible acaparar tanta majadería?

—La contestación la hallarás mirándote fijamente al espejo, preciosa. ¡Me voy, me voy!

Fuera, y tras andar unos pasos, dijo tenuemente Tessa:

—Como actor le felicito, Lon.

—Pues ya ve, con todas estas facultades sólo me dan papeles de uno más en el coro de los malditos. Oiga, Tessa, ya sé su misterio.

—¿Sí?

—El asesino de sus padres es Sinistra, que indujo a los verdugos Chandler y Prescott. Sepa que en aquel caserón están ambos. ¿La conocen?

Respiró ella a fondo, antes de contestar:

—No.

—Usted se estará quieta, porque yo tengo un pleito con ellos. Me creen cómplice de la próxima canallada que van a realizar. Usted debe dejarme que me las entienda con estos granujas.

—Pero yo llevo mucho tiempo pensando en vengarme, Lon.

—Bueno, entonces creo que será mejor que le revele que soy agente de la Brigada Internacional de Seguridad, y esos tres hombres no tienen escape. Ahora tómese tiempo para contestar, porque pienso decirle que nunca he tenido una novia en serio, y usted me ha inspirado esta idea apenas la vi.

Duncan Forester contemplaba el redondo hueco oscuro que en lo

alto remataba el molino. Miró al que entraba.

—Debe estar lleno de bichos, pero con buenos focos daría un decorado perfecto. ¿Qué opinas, Max?

—Te tengo aprecio, Duncan.

—Lo celebro —dijo el director, ignorando que con aquel comentario, Sinistra le indultaba—. Pero, ¿a qué viene esto ahora?

—Ya sé quién ha matado. El propio marido.

—Entonces, ¡hay que llevarlo a la ciudad!

—No, porque nos daría trabajo. Está armado. Vas a ir tú mismo a avisar a la policía, para que así vengan ya prevenidos. Coge mi coche y pisa a fondo el acelerador. Diré que no resistías más aquí.

—¿Crees que debo hacerlo, Max?

—Yo en tu lugar no titubearía ni una décima de segundo.

—Bueno. Pero ten cuidado, Max. No sea que el ingeniero se vuelva loco y te haga pasar un mal rato. Cuando la muerte trabaja, todos nos volvemos muy vibrantes.

—Cierto. Vete, pues, antes que empieces a vibrar... Adiós, Duncan.

—Querrás decir hasta pronto.

—Un momento, Duncan. Si tú tienes el pretexto de los nervios, con más razón ellas. Llévatelas contigo.

—¡Es verdad! Esto es lo más lógico.

Pero en el remolque las dos mujeres se negaron a irse, alegando que el viaje acabaría con sus nervios.

—Peor se acabaría aquí, donde hay un asesino. Háganme caso y vengan conmigo. Se bastarán Sinistra y Butler con Monty para vigilar al asesino. Vámonos... ¿Dónde está Tessa?

—Paseando con el majadero de Butler. No insistas, Duncan —afirmó Ilona—. Hemos venido aquí para trabajar y no pienso hacer muchas veces este mismo viaje. Usted si quiere puede irse, Fel.

—Me quedaré con usted, Ilona.

—¡No hay quien entienda a las mujeres! —rezongó Forester, abandonando el remolque.

Encontró a Tessa y a Butler junto a un nudoso árbol.

—Me voy a la ciudad. ¿Viene conmigo, Tessa?

—Sí —replicó Butler por ella—. Se irá con usted... Ya conozco su dirección, Tessa, y pasaré a visitarla tan pronto como esto termine.

—Bien —aceptó ella dócilmente—. Lo hago porque usted me ha prometido que... sabrá merecer mi agradecimiento.

Cuando el coche conducido por Forester y llevándose a Tessa se marchó, Butler sintióse más tranquilizado.

El círculo quedaba reducido. Sólo Monty y dos mujeres. Vio a Fel dirigirse al molino. Siguió tanteando los troncos. Tenía prisa por

entrar en acción.

En el molino, Sinistra sonrió amablemente al entrar Fel Sunder.

—Grata visión, Minerva.

—Me ofrezco como su secretaria permanente, Max... ¿Me acepta?

—¿Qué ha motivado su repentina actitud algo rara, Minerva?

—Yo le vi entrar en el remolque, Max. Le vi matar. Y no me importa, porque he pensado que sus razones serán muy importantes, y yo puedo ayudarle.

Brillantes los ojos, rió Sinistra:

—No me diga... ¿Y por qué me lo dice?

—Porque estoy dispuesta a abandonarlo todo. Porque prefiero estar a su lado, Max. Desconfíe de Ilona. Ha fingido sus ataques de nervios. Es buena actriz, pero no lo suficiente para engañarme. Tuvo ella mucho empeño en lograr ser su novia, ¿no es cierto?

—¿Sabes que me estás resultando muy inteligente, Minerva? Bien, te acepto por compañera. Encárgate de vigilar a Ilona, y si algo sucede que despierta en ella curiosidad, la suprimes. ¿Eres capaz?

Asintió ella con ambigua sonrisa perversa.

Agregó Sinistra:

—No vayas a creer que maté a Arline por rencores pasionales. Ella se imaginaba que yo podía libertar a su hermano. Y su hermano murió en un accidente al atravesar una frontera. Pero exploté esta casualidad, haciéndola creer que yo trabajaba para los yugoslavos, que tenían preso a su hermano, un periodista. Nos vamos a entender bien, Fel. Tienes buenos nervios, y me parece que te gusta lo siniestro. Tal vez yo te gusto porque mi falso apellido te excita agradablemente.

La aprisionó por el talle, besándola. Al hacerse más insistente en sus caricias, se desprendió ella suave pero firmemente.

—Como secretaria permanente y para todo, debo recordarte que primero es la tarea, y después la diversión.

—¡Eres magnífica! —rió Sinistra—. Debo yo también advertirte, Fel, que trabajo libre. Es decir, venderé lo que voy a obtener al que mejor pague.

—Es lo acertado. Voy a vigilar a Ilona y ella no será la que impida tu triunfo, Max.

—Nuestro triunfo, Fel. Ahora todo va perfectamente. La muerte puede continuar rodando.

Dirigiéndose sonriente hacia la puerta, retrocedió Fel Sunder.

En el desportillado umbral del viejo molino, Chester Rodney, impreso en el lívido rostro un rictus de furor, miraba a los dos cómplices recientes, como si viera a dos monstruos.

Su diestra manoseaba la culata de su «Luger».

CAPÍTULO X

El fulgor homicida ponía vidriosidad en las pupilas de Rodney, mientras con voz sacudida por intensa furia contenida, conminó:

—Si uno de vosotros dos mueve solamente un dedo, lo acribillo. Te vi entrar aquí, pécora, y os he oído a los dos. Tal para cual. ¡Fuera caretas! Ya podemos hablar claro, Sinistra. Sabes quién soy y sé quién eres.

En los momentos peligrosos, Sinistra empleaba siempre un sistema defensivo. Recurrir a un desconcertante cinismo.

—Usted sabrá también, inspector, que para que una película tenga éxito necesita esto tan difícil de conseguir que se llama clímax, es decir, un ambiente tenso, bien logrado. Por ejemplo, este oasis en el desierto, esta soledad, sin teléfono ni telégrafo, este viejo molino lleno de murciélagos colgando del techo durmiendo cabeza abajo envueltos en la capa de sus alas; esta mujercita de aspecto sencillo que acepta ser mi cómplice, y yo, que me he convertido en asesino porque si triunfo obtendré millones...

—Abrevie.

—El ambiente lo completa usted, desesperado, queriendo matarme, pero retenido por la idea del deber... Naturalmente, inspector, naturalmente... Usted no puede matarme, porque su deber le obliga a entregarme, para ser interrogado. Usted no es un marido al borde de la locura, sino un inspector defendiendo lo moral y lo justo. Representa ideales de ilusos. Y yo represento lo práctico. Los millones que aquí debajo —y dio un taconazo— hay encerrados.

La respiración entrecortada de Rodney se hizo fatigosa.

—Rociarte a tiros sería demasiado misericordioso, Sinistra. No hay muerte que te haga pagar suficientemente toda tu maldad. Esta mujer tiene su disculpa relativa en que está enamorada. Pero tú que has matado por dinero, y quieres seguir matando, tienes que ser aplastado lentamente... ¡Vuélvete de espaldas y tú también, pécora! ¡Pécora que pudiste impedir que matasen a Arline! ¡Venga, los dos brazos en alto, y contra la pared, que os voy a...!

Se detuvo porque a su lado acababa de surgir Butler, que, con rapidez le asió la muñeca armada, mientras con la zurda le asestaba un seco gancho al mentón.

Ante la inesperada agresión, Rodney reaccionó como un luchador coriáceo.

Aunque el puñetazo le hizo perder parte de su sentido, replicó con el brazo libre.

Butler esquivó ágilmente, repitiendo el mismo gancho.

Y cuando Rodney, abierta la mano, dejó caer la pistola, para tambaleándose intentar recobrar el sentido, Butler fríamente descargó su propia pistola contra el cuerpo que cayó lentamente de bruces.

Pareció salvajismo innecesario el gesto con el cual Butler, a la vez que disparaba, aplicó un tercer puñetazo, esta vez en la sien de Rodney.

Inclinándose, recogió por una pierna al caído y, arrastrándolo, lo sacó del molino, llevándole hasta el remolque donde yacía Arline.

En su interior depositó a Rodney, amordazándole y atándole brazos y tobillos rápidamente con dos sábanas.

Salió corriendo para regresar al molino, donde Fel estaba en el umbral, mientras Sinistra encendía otro cigarrillo.

—Magnífico, Lon. Has estado oportunísimo. Algo bestial esto de llevar el cadáver junto al de su adorada. Fel, vete a vigilar a Ilona, que debe estar histérica tras oír los disparos.

Ella obedeció.

Butler colocaba un nuevo cargador en su pistola, pero esta vez los cartuchos contenían plomo.

—Hemos de apresurarnos, jefe. ¿Te das cuenta que los topes han debido de oír los disparos?

—¡Ojalá! Así asomarán. Es absurdo, pero no encuentro la entrada. Si Chandler y Prescott la hubiesen hallado, me lo habrían dicho ya. Y sin embargo, esta mina tiene que tener respiraderos y entrada por algún lado. ¡Ojo, vigila a aquel mentecato!

Alan Monty acababa de salir del camión y con paso algo titubeante se aproximaba.

Butler avanzó a su encuentro, mientras Sinistra desaparecía de nuevo en el interior del molino, para seguir impaciente en la búsqueda de la entrada al laboratorio mina.

Alan Monty dijo algo muy extraño:

—Pegue fuerte, Lon... La austríaca nos está observando desde el interior del remolque. Pegue como le enseñaron en la academia de cine. Yo haré el resto.

Butler proyectó su derecha en escalofriante directo.

Monty se dobló como si el derechazo le hubiese perforado el estómago.

La izquierda de Butler se alzó en gancho, y, simultáneamente, Monty se enderezó, al parecer, fulminado.

En realidad, con suma maestría, había acompañado los dos golpes en su rápida trayectoria.

Pero cayó al suelo aparatosamente, susurrando:

—Igual que a Rodney, Lon.

Alelado, en el colmo de su creciente estupor, Butler inclinándose agarró por un tobillo al que semejaba un pelele roto y lo llevó a rastras hasta el camión.

Pareció auparle cuando en realidad el propio Monty subía a la caja posterior, donde desapareció de su persona todo aspecto de borrachín amargado.

—Enhorabuena, Butler —dijo secamente Monty, La Voz—. Por ahora lo lleva todo admirablemente. Tenemos tiempo para cambiar impresiones. Usted, ¡hombre, no!, ¡hombre, sí!, salga de su cesta.

Douglas Kirby asomó primero un rostro estupefacto, y, por fin, el torso para quedar inclinado mirando fijamente a Alan Monty.

Prosiguió Monty:

—La historia es breve, muchachos. Mi frasco contiene naranjada mientras bebo solo. Cuando invito, ofrezco whisky. Soy el borracho Monty, que de pronto desaparece y reaparece en cualquier taberna. Durante estas ausencias, estoy tras un dictáfono. Soy actor de vocación, por cuanto a los quince años interpretaba ya *Hamlet*. Me nombraron agente de la BIS por mis relaciones en el mundo de la pantalla grande y pequeña. Después ascendí a jefe de grupo de choque, por cuanto supe descubrir varias bandas. Ya pueden cerrar la boca, muchachos. Y en lo sucesivo, cuando se enfrenten con un borracho renombrado, procuren cerciorarse de lo que contiene su frasco. A usted, Kirby, ¿quién le dio orden de venir aquí?

—Verá, como estaba de vacaciones...

—Ya. Bien, he de admitir que Butler lleva el asunto casi a la perfección. ¿Qué opina del estado de ánimo de Sinistra?

—Empieza a ponerse nervioso porque creyó encontrar fácilmente la entrada y no dan con ella.

—El pozo.

—¿Eh?

—Sí, el pozo. Tiene un sistema de doble compartimiento, que con bombas eléctricas lo vacía. Pero ellos no darán con la entrada. Se les echará la noche encima y se pondrán nerviosos. Hay que explotar esto, Butler. Lo que importa saber es quién informó a Sinistra de la existencia de este laboratorio. Sólo hay ocho personas enteradas. Los tres científicos, yo y tres altos personajes de la Comisión de Investigaciones Científicas, aparte de Sinistra. De nada serviría liquidar a Sinistra y sus dos esbirros, si no averiguamos quién le informó, ya que otros podían seguir el mismo intento que Sinistra.

—¿Qué hago, jefe?

—Llámeme Monty. Hay que crear hasta el máximo un ambiente

de angustia en el poco humano Sinistra. Véalo como una película en la que el desenlace pueden ser muchas vidas amenazadas. Usted, Kirby, mire si alguien ronda.

Arrodillándose, Kirby no perdía palabra, mientras alzado un poco el toldo, contemplaba el oasis. Susurró:

—¡Eh! Mis dos interrogadores van al otro caserón. Andan tranquilos, seguros de que sólo pueden verlos sus propios cómplices.

—Déjeles que escarben en el suelo. El trabajo les pondrá de mal humor. Si usted, Butler, le pregunta a Sinistra quién le informó, no se lo dirá. Pero hay que impulsarle a que en un momento de furor, lo suelte. Y entonces, tiene usted manos libres, Butler, para vengar a Rodney y a los otros dos muchachos.

—Oiga, Monty, podemos descartar a los tres científicos.

—Progresan notablemente, Butler. ¿Y por qué los descarta?

—Porque si uno de ellos fuera el que estuviese en complicidad con Sinistra, éste sabría ya dónde se halla la entrada.

—De acuerdo. Por lo tanto, quedan los tres altos personajes de la comisión. Vamos a ayudarlo, Butler. Usted, Kirby, se hará cargo de ir al remolque a poner fuera de combate a la austríaca Fel Sunderman, para que Ilona Taylor no sufra otro ataque de nervios. Traerá aquí a las dos mujeres, a Rodney y Arline. No desate a Rodney, porque está difícil de controlar.

—¿Y si mientras me ve alguno de los tres?

—Butler irá ahora a distraerlos. Necesito un cuarto de hora, sin que nos vean, Butler. Yo vaciaré el depósito de gasolina de su coche, Butler. Al término del cuarto de hora, pondré en marcha el camión, y en el oasis se quedarán los cuatro solos. Entonces surgirá el ambiente de angustia que soltará la lengua de Sinistra. Sin coches para huir, acercándose la hora del regreso de los que fueron en busca de la policía, sin encontrar ellos la entrada al laboratorio, ¿qué sucederá?

Afirmó Butler:

—Que me freirán a tiro limpio.

—¿Por qué?

—Green que he liquidado a Rodney y también que hay un actor borrachín menos en el firmamento estelar. Al ver que se les escapa el camión, que han vaciado el depósito de mi cacharro, y que han desaparecido, Fel, Ilona, Rodney y su difunta, lo menos que bramarán es que yo no rematé adecuadamente a Rodney o al borrachín de Monty.

—Pare el golpe, anticipándose. Diga que le pareció oír chillar a la austríaca. Pensarán que es obra de Ilona.

—¿Y luego?

—Con el transcurso de las horas, en su inútil busca de la

entrada, les aumentará el nerviosismo. Los coches policiales estarán a punto de llegar. Tendrán que huir a pie, por el desierto. Raro será que Sinistra no maldiga al personaje que no supo decirle la entrada, o no aluda a dicho personaje, ya que ahora será su única tabla de salvación.

—Perfecto el clímax. ¿Tienen que huir... hasta cuándo?

—Procuraré que nadie les persiga, pero desde lejos habrá sombras que añadirán nerviosismo en los tres fugitivos. Tan pronto Sinistra aluda al que nos interesa atrapar, y que es la persona por la que hemos tenido que esperar con paciencia, entonces podrá despacharse a su gusto, Butler.

Intervino Kirby:

—Serán tres forajidos, jefe. ¿No puedo yo colarme?

—¿Por qué no? Actuará de sombra lejana en la noche, de perseguidor a través del desierto. Procure ser una buena sombra, porque de lo contrario, le atizarán un balazo.

—¿Permite una sugerencia?

—Todas las que quiera, Butler. El día que me suceda algo, usted me relevará en el mando. Por lo tanto, considérese casi tan inteligente como yo, modestia aparte.

—¿No sería mejor que yo les revelase la entrada?

—Veamos por qué.

—Descubro por casualidad que es en el pozo. Entramos. Sinistra quiere vivos a los tres científicos. Los llevamos en este mismo camión, escondidos usted y Kirby, y al llegar a puerto...

—Nunca sabríamos quién es el alto personaje que traiciona. Liarnos a tiros con ellos, sin saber lo que constituye muchos meses de preocupación para nosotros, sería fracasar donde usted solo, y tal como confío, triunfará. Vaya a lo suyo, Butler, que ya duró bastante su ausencia.

—¿A qué hora acudirá la gente?

—Exactamente al caer el crepúsculo, serán visibles desde aquí los faros lejanos.

—Bien. Hasta pronto.

Saltó abajo Butler, dirigiéndose rectamente al molino.

Encontró a Sinistra dando continuas chupadas a su cigarrillo. Por el suelo había multitud de pitillos a medio apurar.

—Fuera de combate todos, patrón. Sólo queda Ilona. ¿Voy a liquidarla?

—Ya se cuida Fel de vigilarla. Esto no me gusta, Butler, no me gusta.

—¿El qué?

—La maldita entrada. Creí que sería fácil.

—Yo creo que debe de estar aquí mismo, en este molino, patrón.

¿Llamo a los dos y entre nosotros cuatro no dejamos nada sin registrar aquí dentro?

—De acuerdo. Hay que activar. Se pasan las horas y... ¡Vete a buscar a Chandler y Prescott!

En la cabaña, sudorosos y polvorientos, los dos pistoleros miraron interrogantes al que entraba.

—Por ahora nada, compinches. El jefe dice que vamos a registrar el molino.

Rabioso, comentó Dago Prescott:

—También podía él haberse enterado de dónde estaba la entrada. Se nos van a echar encima los polizontes. Pudo muy bien suprimir a Arline en mejor ocasión.

—Lo hizo para sacarse de encima a los mirones, que le hacían falta para llegar hasta aquí con un pretexto —arguyó Chandler.

Se dirigieron los tres al molino. Sinistra les acogió con una risita nerviosa.

—Tenemos tiempo por delante para conseguir lo que me propuse y fracaso en lo más sencillo. Al menos lo que me pareció sencillo, cuando fotografié este oasis... En los alrededores no hay entrada. ¡Esta cochina entrada se halla aquí, en el oasis! ¿Dónde?

—En ninguno de los dos barracones. Esto lo garantizo —indicó Chandler.

Dijo Prescott:

—Los tipos de la mina han tenido que oír los estampidos de ese disparo.

—No. Porque según me dijo... quien me lo dijo..., la mina es muy honda, al igual que el laboratorio. ¡Menos hablar! Cada uno en una esquina. No es preciso perforar. Basta repicar con algo, hasta que dé sonido a hueco.

Butler, repicando el suelo, deslizaba de vez en cuando una ojeada a su cronómetro. Habían transcurrido ya siete minutos. Dentro de ocho, podían salir del molino.

Chandler se puso en pie, tendiendo el oído.

—¿Qué pasa? —preguntó Sinistra.

—Me parece que alguien ha gritado por allá en el remolque.

Yendo a la puerta, inquirió Sinistra:

—¿En qué remolque?

Butler notó un leve sudor resbalar por su espalda.

Sinistra miró el oasis completamente vacío de presencia humana.

Regresando al interior, advirtió:

—Cuidado, Chandler. Si empiezas a oír rarezas, nos vas a contagiar. Los nervios déjalos para las mujeres.

Pasaron cinco minutos más. Se enderezó Prescott, imitado por

Chandler, mientras Butler seguía repicando el suelo.

—La entrada no está aquí —decretó Chandler.

—¡Ayudad a Butler!

A los catorce minutos se incorporó Butler. Tenía que añadir más nerviosismo al ambiente.

—Se me ocurre de pronto una idea, patrón. Mala idea.

—Nos sobran las malas ideas —dijo agriamente Sinistra—. ¿Qué se te ha ocurrido ahora?

—¿Y si les da a los de la BIS por acudir en helicóptero?

Palideció Sinistra, pero se repuso pronto.

—¡Estúpido! Ellos saben que el inspector Rodney está aquí, y lo dejarán actuar. Oye, Butler, ideítas de éstas que no se te ocurran muchas. Basta ya con... ¡Maldición!

Corrieron precipitadamente hacia la puerta.

Lo que les había alertado era el ronco ruido del motor del camión.

Angustiado, gritó Chandler, empuñando su pistola:

—¡Se larga!

Disparó, pero ya el camión que había coronado una duna descendía a toda velocidad, desapareciendo.

—¡A tu coche, Butler! —ordenó Sinistra—. Vete con él, Dago.

Corrieron los dos y saltó Butler tras el volante, mientras Prescott se quedaba en pie en el parachoques lateral, pistola en mano.

Pisó Butler el embrague y el coche arrancó para recorrer diez metros. Se detuvo en seco, y el motor petardeó hasta quedar mudo.

—¡Idiota! —gruñó Prescott—. ¡Dale al acelerador!

—Dale tú con tu mechero, cretino. Nos han dejado sin gasolina.

Prescott entornó los párpados, mirando de pronto duramente a Butler.

Alzó la pistola, pero ya Butler, saltando por el otro lado, aparecía tras él, también pistola en mano.

—Quietas las zarpas, Dago. Estás nervioso, bailarín. ¿Qué culpa tengo yo de que estemos sin combustible? Nos han vaciado el depósito.

Llegaban Sinistra y Chandler. Dijo Butler:

—Sin gasolina. Ni gota.

—Estamos aviados —dijo Chandler, sombrío.

—Oye, patrón, avisa a Dago que no se me ponga farruco. Me amenazó y yo no le consiento que...

—¡Callad todos, imbéciles! Si empezáis a pelear entre vosotros, liquido al primero que se sienta histérico. ¡Hay que dar con esta condenada entrada!

Los dos pistoleros miraban en derredor, con ojos mortecinos. El gran mar de arena, refulgente al sol, destellaba amarillento.

Los dos remolques parecían barracas de feria, abandonadas. De pronto, Chandler, más que reír, relinchó.

Sinistra le miró con furia reprimida.

—¿Te está alterando la sesera el clímax, Chandler?

—¡Ya está! ¡Ya di con la entrada! ¡Allí!

Y corriendo pesadamente, el corpulento pistolero dirigióse rectamente al pozo.

CAPÍTULO XI

Los cuatro hombres, en círculo, apoyáronse en el brocal mirando el negro fondo.

—Buena idea la tuya, Chandler. Baja por la cuerda, Butler. No, mejor tú, Prescott, que pesas menos. Te iremos bajando.

Dago Prescott tragó saliva. Dijo con aprensión:

—Si se rompe la cuerda, voy listo, porque no sé nadar.

Dejando su americana en el suelo, se quitó Sinistra los zapatos y el pantalón.

—Bajaré yo. Hay una escalera. Este tiene miedo y no sabe nadar, además.

Fue desapareciendo bajando por la escalera de barrotes de hierro. Tras él, descendió Butler. No quería perder de vista a Sinistra.

La negrura iba haciéndose más densa a medida que descendían, y la humedad calaba.

—Está esto muy hondo, patrón.

—No te necesitaba, Butler.

—Cuatro manos tantean mejor.

Las voces resonaban con amplitud. Anunció Sinistra:

—Voy a zambullirme para ver cuánta agua hay. Estate quieto y espera.

Oyóse el chasquido del agua negra al abrirse. Algo rozó el rostro de Butler, que, asqueado, se dio cuenta que era una culebra inofensiva, pero, no obstante, escalofriante con su contacto escamoso.

Dio un manotazo y el reptil volvió a deslizarse contra la pared. Pasaron unos instantes, y, por fin, el agua volvió a chasquear.

Chorreante, Sinistra se asió del barrote. Respiraba ávidamente. No se veían los dos.

—Creo que tampoco está aquí la entrada. Hay por lo menos unos diez metros de hondo, y las paredes son lisas. Pero prueba tú...

Buceó Butler, limitándose a ir contando segundos, mientras con lentas brazadas a unos cuatro metros de hondura, daba vueltas.

Reapareció, exhalando y aspirando con ansia. Había batido su record de permanencia bajo el agua, que en las piscinas le valía la admiración de las mujeres.

—Aguantas —dijo Sinistra, con admiración—. ¿Qué...?

—Esto es un maldito pozo, y nada más, patrón. Sin embargo, por

algún lado deben respirar los topos abajo encerrados.

Sinistra empezó a subir. Quedaron los dos fuera del brocal, empapados, chorreantes.

Pidió Sinistra:

—Un pitillo, Chandler. Enciéndelo.

Murmuró Prescott:

—Con dinamita.

—¿Qué?

—Dinamitar donde no hayamos registrado. Esta es la solución.

—¿Y dónde está la dinamita, imbécil? ¡Venga! Tú al Sur, Chandler. Tú allá, Prescott. Tú al otro extremo, Butler. Yo iré al otro lado. No ha de quedar un palmo del suelo sin comprobar que no está hueco. Tenemos aún varias horas por delante. Id con calma. Podemos tardar cuatro horas, pero al terminar este plazo habremos hallado la entrada.

Butler iba haciendo como los otros tres. Con una rama recién cortada repiqueteaba el suelo.

A las cinco de la tarde, los cuatro estaban de nuevo reunidos alrededor del brocal del pozo, que era el centro del oasis.

El sol iba amortiguando sus rayos en declive, y el amarillento color de las arenas iba tiñéndose de rojo.

Sinistra, sucio, perdido el dominio de sus nervios, chilló:

—¡Está aquí, en este endemoniado oasis! Tenemos bajo los pies, millones. ¡Millones en plutonio y uranio, tratados con un procedimiento secreto!

Sus oyentes aparentaban sordera. Comprendían que, tensos los ánimos, podía saltar de un momento a otro la chispa que les hiciera pelear.

Sinistra se dio cuenta de lo que pensaban los que estaban mirándole.

—De acuerdo, de acuerdo, he perdido un poco el control, pero es que vosotros no sabéis como yo sé, que por lo que está oculto debajo de nuestros pies, darían millones. No cinco ni diez, sino cien millones. ¿Creéis que desvarío? Habla, Butler. Tú eres el menos estúpido.

—Se nos va a echar la noche encima, porque aquí los crepúsculos caen a cien por hora. De un momento a otro se presentarán los policías, con todo el gremio de cine, periodistas y curiosos. Una caravana de coches. Y la escabechina nos delatará. Vendrán con ametralladoras, focos y lacrimógenos.

Apremió Chandler:

—Hay que darse al escape. Conseguir, como sea, un coche, dinamita y regresar, barriando con lo que sea. Pero tal como estamos, quedarnos aquí es perder el pellejo en vano.

—Tienes razón, pero salir ahora es hacernos visibles. Hay que esperar a que oscurezca.

—Mientras, pueden llegar...

—No llegarán antes de la noche. Si hubiesen decidido cogernos, enviando un helicóptero, ya estarían aquí. Hay que esperar. Y volveremos, cuando lleguemos al primer poblado del norte del desierto. No está lejos. Son quince millas. Llegaremos al amanecer. Volveremos con refuerzos, pero este condenado oasis se abrirá, aunque lo tenga que convertir en un cráter humeante.

Prescot torció la boca para opinar:

—Si lo que hay debajo es uranio y plutonio, dinamitar supondrá que saltaremos espanto...

Sinistra asestó un recio bofetón en revés que acalló a Prescott, el cual lanzado al suelo por el inesperado ataque, se llevó la mano a la boca.

Se miró la sangre, y, rugiendo, saltó en pie, temblorosas las manos que iban hacia sus sobacos, donde en mangas de camisa veíanse las dos fundas pistoleras.

—¡Cochino loco! —gruñó.

Cruzó los brazos al asir las dos culatas. Chandler, que estaba a su lado, avanzó las manos cogiéndole por los codos.

—Quieto, Dago, quieto... No acabes de estropear las cosas. Sinistra está, como los tres, muy nervioso... Se le fue la mano. Olvídalo.

Prescot se debatió, mientras Sinistra, sacando de su americana tirada al suelo su pistola con cargador doble, ordenó:

—Quítale las herramientas, Chandler. El chico está rabioso, y me podrían dar ganas de liquidarlo.

Obedeció Chandler, parapetando con su cuerpo el del hombrecillo, que exclamó furioso:

—¡Esto nos pasa por tener como jefe a este intelectual! Todos son unos tipos que complican las cosas. Trajo una caravana, armó el follón, quitando de en medio a la fulana del agente, formó un alboroto, confió en otra fulana que se ha largado ¡y ahora ni siquiera sabe por dónde hay que meterse en la cueva donde está la moneda!

—¡Calla, Dago! —atajó Chandler—. De nada sirve hacer reproches. Sinistra tiene amistades de influencia y pronto, al amanecer, habrá arreglado el asunto. Nos ha pagado bien siempre, y ahora él nos dará los cien mil dólares prometidos, cuando volvamos aquí. ¡Vamos al remolque a tomar un trago, Prescott! Esto es lo que te hace falta.

Se alejaron los dos. Comentó Sinistra:

—Me parece que convendrá eliminar al bailarín. De noche

puede ser perjudicial. Es rencoroso.

—Chandler aprecia a Dago, patrón.

—Tú y yo tenemos buen cerebro. Pistoleros como éstos los tendré a montones, cuando avise a... a mi amigo, desde cualquier teléfono. Si te encargas de Chandler, yo me encargo de Prescott. Y como en los cuentos de piratas, a menos para repartir, más toca. ¿De acuerdo?

—Son duros de pelar y estarán ahora escamados contigo, patrón. Mejor sería dejarlo para más tarde.

—Míralos... Allí van tranquilamente, dándonos la espalda.

—Te parece que van tranquilos, ¿no? Pero Chandler está mirando de reojo, y si enderezas tu herramienta, esto se convertirá en una ensalada de tiros.

Sinistra atravesó su pistola entre la camisa y el cinto del pantalón.

Chandler y Prescott habían entrado ya en el remolque donde por la noche habían dormido las cuatro mujeres. Dijo Prescott:

—¡Me lo cargo, Cornel, me lo cargo!

—Paciencia, que ya se llevará lo suyo si no atina con el negocio. No seas bobo. ¿Por qué llevo tanto tiempo aguantándole? Porque es el único que puede cazar estos millones del secreto de la mina. Después te dejaré que lo zumbes a tu modo. Anda, bebe.

Poco después, ambos salían precipitadamente del remolque.

En las nacientes tinieblas que rodeaban el oasis unos rayos de luces lejanas rasgaban la oscuridad.

CAPÍTULO XII

Por el lado opuesto del oasis a la carretera, poblada ahora de coches, los cuatro hombres corrieron aceleradamente, protegidos por las ondulaciones arenosas del terreno.

Fue Chandler el que, ya agotado, se dejó caer de bruces, respirando afanosamente. Prescott se sentó a su lado.

Sinistra fue recuperando el ritmo normal del resuello, mientras Butler miraba el cielo despejado.

La luna le parecía derramar pesada plata, mientras a lo lejos, los faros se habían inmovilizado, convirtiendo el oasis en un círculo de fulgores.

Dijo Sinistra:

—Andando. Ya no nos cogerán, porque estarán buscando por el molino y los caserones, pero conviene apretar el paso.

Chandler y Prescott se habían quitado los zapatos, colgándoselos del cuello atados por los cordones.

Llevaban media hora andando, cuando Sinistra murmuró:

—Echad un vistazo allá, a la izquierda. ¿Veis algo?

—Un tipo nos sigue. Va solo —dijo Butler.

—¿Le disparo? —gruñó Prescott.

—¡No, imbécil! Sería alertar a la jauría, y señalarles dónde nos encontramos. Nos sigue, y salvo que se acerque demasiado, no hay que disparar. Está aún demasiado próximo el oasis. Seguramente habrán destacado policías por los alrededores. Pero no nos cazarán.

Siguieron caminando, y a lo lejos, Kirby hacía su papel de sombra a la perfección. Se agazapaba cuando veía a las siluetas girar la cabeza.

Se enderezaba cuando convenía. Guardaba la distancia conveniente.

A las dos horas, rió Sinistra satisfecho.

—Ya no darán con nosotros. Sólo éste que nos sigue. Habría que dejarle acercar.

—Creo que conviene más apretar el paso, patrón.

—Bien. Sigamos.

De pronto, temió Butler que imprudentemente Kirby hubiera ofrecido un blanco seguro.

Netos y restallantes una serie de disparos se sucedieron en ráfagas.

Las dos siluetas adelantadas de Prescott y Chandler parecieron

atacadas de epilepsia.

Sinistra seguía apretando el gatillo de su pistola, acribillando con parsimonia las dos espaldas alternativamente.

Los dos pistoleros cesaron de removerse en el suelo. Acercándose, Sinistra les dio vuelta con el pie, sucesivamente.

—Bien muertos están. Se lo buscaron. Ya no eran de fiar.

Volvió a atravesar su pistola entre camisa y cinto.

—Sigamos, Butler. Ya se acabó la tensión demoníaca. Stimson nos ayudará porque hace tiempo que sueña en el reparto de millones que vamos a lograr. ¿Cuántos hombres crees que le tendré que pedir?

—Connmigo sólo podemos ya terminar, Sinistra.

—¿Con todos los que están ahora en el oasis?

Butler se detuvo y habló despaciosamente:

—Es que yo sé por dónde se entra al laboratorio.

—Oye, Butler, estás impresionado por lo... ¿Qué dices? ¿Qué sabes...? ¿Qué sabes por dónde se entra al... al... al...?

—No te atragantes. Cuando buceamos en el pozo, ya sabía yo que había unas bombas aspirantes que cuando conviene, y manejadas desde el interior vacían los diez metros de agua, dando entrada a... los millones, Sinistra.

—¿Y por qué, por qué... te lo callaste?

—Porque todavía no habías mencionado a un tal Stimson.

—¿Y qué tiene que ver...?

Repentinamente, empuñó Sinistra su pistola, encañonando a Butler, quien apoyó ambos puños en las caderas.

—Escucha, estúpido. Por mí, aprieta el gatillo, pero te va a doler el dedo. Tu cargador doble contenía las balas que incrustaste en los dos que allá atrás se han quedado.

Tras pulsar inútilmente el gatillo, sonrió Sinistra nerviosamente:

—¿Qué pretendes, Butler?

—Romperte el alma lentamente.

—Son millones los que vamos a repartir.

—No. Son cientos de puñetazos los que te voy a dar, hasta dejarte hecho una pulpa pastosa, pero con vida suficiente para que puedas sentarte en la eléctrica.

Retrocedió Sinistra porque, adelantándose lentamente, Butler ya no tenía nada del guapo presumido.

Alzó Sinistra la mano armada con la pistola inservible.

—Cuidado, Butler. Todavía podemos arreglar...

Saltó para esquivar el primer aluvión de golpes. Asestó un culatazo con la pistola que así por el cañón.

Creyó haberle acertado a Butler en el cráneo, pero sólo había logrado tocarle de refilón en el hombro y en el pecho.

Se acercaba Kirby corriendo.

Los puños de Butler empezaron a martillear, sin pensar en protegerse.

Con la desesperación creciente que Sinistra había acumulado durante todo el día, pegaba con furor, porque sabía que era su propia vida la que estaba defendiendo.

Pegó un puntapié alcanzando de lleno en la ingle a Butler, que gimiendo dolorido, se enlazó a la cintura de su rival para recuperar la cortada respiración. Cayeron ambos al suelo, revolcándose.

Quedó Butler montado sobre el pecho de Sinistra. Y por espacio de unos minutos pegó incesantemente al rostro y a los flancos.

—¡Hombre, no! Lo estás matando, Lon.

Y Kirby, cogiéndole del cuello, empujaba hacia atrás a Butler.

Fue calmándose Butler.

Sinistra, desfigurado, ostentaba una lividez de muerte, en su inmovilidad. Inclínose Kirby, aplicándole la oreja sobre el corazón.

—Vive y se repondrá debidamente remendado.

Enderezándose proyectó hacia arriba el haz luminoso de una poderosa linterna eléctrica.

—Es la señal para Alan Monty, que me rastrea los pasos, por si le sacabas a Sinistra el nombre de marras.

La figura de Monty se hizo visible, y dijo Butler:

—El chivato era Stimson, jefe.

—Harvey Parks Stimson, segundo prohombre de la comisión —aclaró Monty, satisfecho—. Le llevaré lo que queda de Sinistra... Buen trabajo, Lon. Pero, oiga, cuando regreses a la civilización, recuerde que los dos somos idiotas, cada uno en nuestro estilo.

—De acuerdo, jefe.

Duncan Forester desayunaba cuando le anunciaron la visita de Butler. Entrando, exclamó Butler:

—¡Heme aquí, actor de una tragedia real!

—Me han dicho que se salvó de milagro, muchacho... Siéntese, siéntese... No me quisieron aclarar nada los de la policía. Y el borracho de Monty, haciéndose el interesante, dijo que se escapó porque estaba oliendo a muerte. Se escapó en vez de sacarle a usted del apuro.

—Se llevó a las mujeres.

—Oiga, ¿por qué han metido presa a Fel Sunder?

—Cómplice encubridora de Sinistra. Le vio matar a Arline.

—¿Y por qué no dijo nada?

—Estaba enamorada de Sinistra.

—Pero, vamos a ver... Hay cosas que no las comprendo. ¿Por qué nos llevó Sinistra al oasis?

—Tenía que matar a Arline.

—¡Caramba! ¿Y para asesinarla necesitaba ir al oasis? Yo creo que debajo de todo eso había algo más. ¿De qué se ríe?

—De lo que acaba de decir. De que debajo había algo más. Simplemente, crímenes pasionales.

—Ilona está con unos ataques de nervios de órdago. Dice que cuando el agente de la barba entró en el remolque y le atizó a Fel Sunder un puñetazo en plena barbilla, saltando sobre ella como una fiera, ella se desmayó. Usted tuvo suerte. Los periódicos hablan de cómo escapó milagrosamente vivo entre los dos pistoleros y el escritor loco. Buena propaganda, Lon. Le van a llover contratos. Ya hablaremos de ello. De momento, le ofrezco un contrato conmigo, a tres mil al mes, por un año.

—Cinco mil, por dos años.

—Se le han subido los humos. ¡Como si usted lo hubiera resuelto todo allá en el oasis!

—Casi, casi. Bueno, tengo que irme, jefe.

—Cuatro mil, año y medio.

—Cinco, dos años. Tenga presente que soy todo un actorazo.

—Bueno. Esta tarde en mi despacho, a las cuatro en punto. Y si ve a Alan Monty, por casualidad, díglele que se vaya buscando otro trabajo. Estaba como una cuba en el oasis, y formó un escándalo con los agentes que tuvieron que hacerle callar casi a golpes. Un tipo así es el que luego da lugar a que digan por ahí que en nuestro gremio somos todos unos desquiciados.

Elisabeth Terabrooke, anocheado, miraba remar a Butler, en el lago. Hacía ya una hora que había sabido el fin de lo sucedido en el desierto.

—Te has hecho famoso, Lon. Tienes un contrato estupendo. Y yo puedo regresar a mi pueblo.

—Si te vas, me hundo, Tess.

—Sabes nadar muy bien, hipocritón.

—Te necesito, Tess. Si te quedas conmigo, triunfaré, pero si te vas, me hundo.

Lo decía con verismo patético.

Media hora después, la lancha iba a la deriva en el quieto lago, porque no había nadie en los remos.

Una pareja enlazada, que se decía nimiedades. Que les parecían grandes hallazgos originales expresando con elocuencia un amor

único, sin igual.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS. Impreso en España